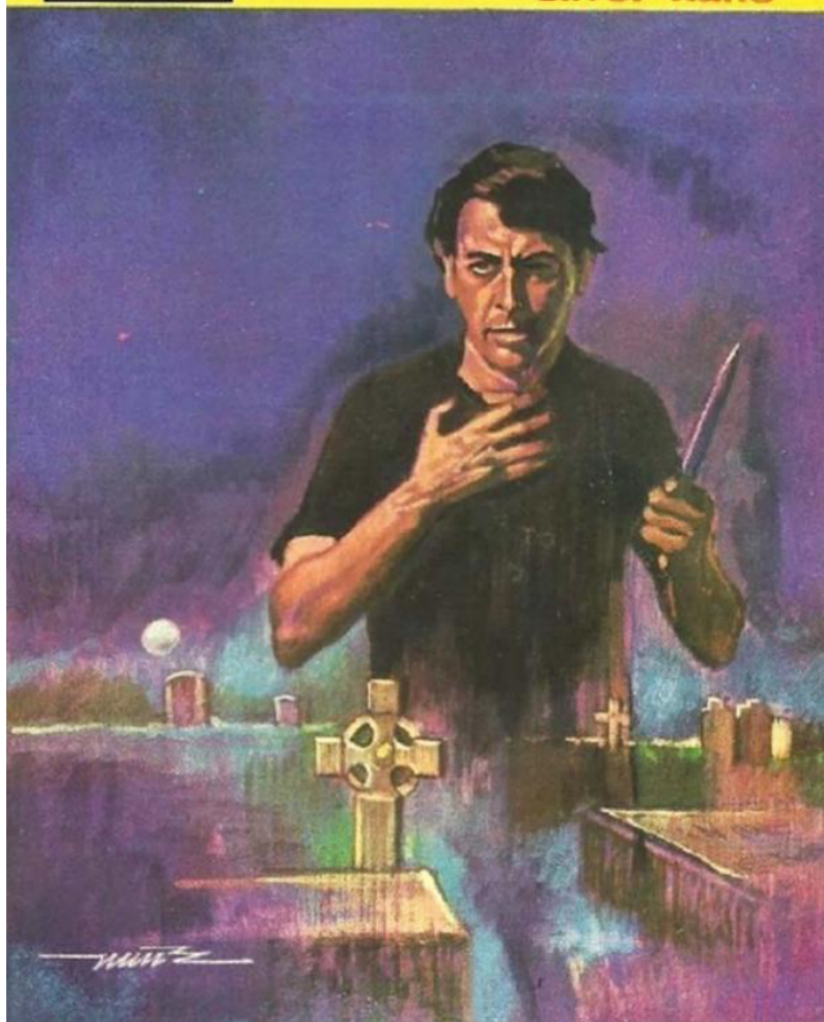




bienvenido, horror

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

**BIEN VENIDO,
HORROR**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 396
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 35.381 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1969

© SILVER KANE - 1969
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.143 — La viuda sioux.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.000 — Yo y mi lío made in USA.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
655 — Federal y mujeriego.
- En Colección KANSAS:
554 — Muerto de hambre.
- En Colección BUFALO:
834 — Yo colecciono muertos.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
444 — Tres demonios a Abilene.
- En Colección COLORADO:
602 — Seis hombres van a morir.
- En Colección CALIFORNIA:
674 — «Buscalíos» Dirk.
- En Colección PUNTO ROJO:
388 — Fin de semana con el diablo.
- En Colección ENVIADO SECRETO:
103 — Los nueve desconocidos.

PRÓLOGO

La verja sobresalía de entre los jirones de niebla.

Sus extremos eran agudos como puntas de lanza. Los hierros que la formaban resultaban enmohecidos y viejos. El paso de los años se había depositado en ellos en forma de un polvillo ocre que no era sino el metal corroído por el óxido. Pero la verja tenía elegancia, conservaba esa especial solemnidad de las cosas que han sido hermosas.

Resultaba difícil decir, entre la niebla, a qué clase de edificio o finca pertenecía.

¿A una vieja mansión señorial? ¿Al parque de un palacio? ¿O tal vez, a... a...?

De pronto, la niebla pareció difuminarse. Se hizo menos espesa, menos angustiosa.

Por entre sus jirones fue posible ver algo.

Algo más allá de la verja.

Algo que era como unas pequeñas manchas blancas.

Pero resultaba muy difícil saber de qué se trataba.

La niebla aún resultaba demasiado espesa. Aún impedía ver.

Poco a poco se fue difuminando aún más.

Pese a las sombras de la noche, se podían ir distinguiendo aquellas manchas blancas. Precisamente porque eran blancas. Y precisamente por lo terriblemente inmóviles que estaban.

¿Qué eran? ¿Pequeños montones de piedras? ¿Casitas construidas en muy pequeño espacio? ¿O tal vez fantasmas que acechaban?

La muchacha se acercó poco a poco a la verja.

Sus manos temblaban espasmódicamente.

La niebla, era menos densa cada vez. Un viento suave la iba difuminando y enviando hacia el norte, de donde había venido. La verja, solemne y rígida, estaba cada vez más cerca.

La muchacha apoyó las manos en ella.

Y terminó cerrándolas como un prisionero cierra desesperadamente

los dedos en torno a los barrotes de su celda.

Ahora veía bien lo que había más allá.

No eran piedras ni pequeños edificios. No eran fantasmas que estuviesen aguardando.

¡Eran tumbas!

¡Se encontraba ante un cementerio, cuyos límites le resultaba, imposible precisar!

La muchacha tenía miedo, mucho miedo.

Sus manos seguían temblando.

Había momentos en que incluso le costaba trabajo respirar.

Pero algo parecía atraerla. Era una fuerza superior a ella misma, como la fuerza del imán que atrae a las partículas de hierro. Y en esta ocasión era como una fuerza de ultratumba que atraía a su pequeña alma.

Fue avanzando poco a poco, pegada a la verja.

Buscaba algo.

¡Buscaba la puerta de entrada!

¡La muchacha iba a atreverse a penetrar allí! ¡Había llegado hasta el cementerio para eso!

Alcanzó la puerta.

Sus manos seguían temblando, pero tuvieron la energía suficiente para empujarla.

Los viejos goznes chirriaron.

Era como un sonido de ultratumba. ¡COMO LA VOZ DEL MAS ALLÁ QUE HABLABA SOLAMENTE PARA ELLA!

Los nervios de la muchacha vibraban.

Captaban una llamada misteriosa, alucinante, que ningún otro ser humano hubiera podido captar.

Entró poco a poco.

Iba en una dirección determinada, hacia un sitio que solamente ella conocía.

Y de pronto, lo vio.

El panteón blanco, lujoso, enorme.

El panteón cuyas piedras bien pulimentadas parecían brillar ahora a la luz de la luna.

La muchacha siguió acercándose.

Tenía los labios exangües, la mirada perdida.

A pocos pasos del panteón se detuvo.

Aquella fuerza misteriosa, la fuerza de ultratumba, seguía atrayéndola. Aquella llamada que sólo sus sentidos podían captar guiaba sus músculos, sus movimientos, sus pasos.

Avanzó un poco más.

Llegó hasta la puerta que cerraba la entrada del panteón.

¿Cerraba?

No. Aquella puerta ya no cerraba nada. ¡Estaba abierta!

Y desde dentro, aquella voz parecía llamarla.

—Ven... Ven... ¡VEN!

Era una voz irresistible, imperiosa, pero en la que palpitaba un terrible dolor.

Aquella voz de ultratumba tenía, sin embargo, matices patéticamente humanos.

La muchacha empujó la puerta.

Los goznes volvieron a chirriar. Su quejido metálico quebró el aire. Era como el quejido de una garganta muerta.

Pero ahora la voz patéticamente humana se oía con más claridad.

—MADELEINE... POR FAVOR... VEN AQUÍ... VEN...
¡VEEEEEEN...!

Ella avanzó dos pasos.

Y la luz de la luna entró por su espalda.

Aquella luz irreal, siniestra, fría. Esa luz que no se ha hecho para los humanos, sino para los fantasmas.

Sin embargo, le permitió ver.

Sus ojos se clavaron en el nuevo ataúd de caoba, el que dos días antes no estaba allí. Aquel ataúd solemne, regio, con el crucifijo en oro macizo.

Y de él surgía la voz:

—¡MADELEINE! ¡MADELEINE! ¡MADELEINE!

Ella sentía cómo crujían sus nervios. El horror era tan intenso que no podía ni siquiera respirar. Una mano helada, la mano inhumana de alguien que estaba en el Más Allá, se había posado en su nuca.

Pero la voz la seguía atrayendo.

La muchacha puso sus manos en los cierres del ataúd.

¡Y abrió!

¡Fue entonces cuando lo vio todo! ¡Fue entonces cuando se enfrentó al HORROR mismo! ¡Fue entonces cuando aquellas manos descarnadas saltaron a su cuello!

Su grito agónico, lacerante, llenó el panteón.

Pero ya fue inútil.

La muchacha, de pronto, cayó fulminada al suelo.

Como una muerta más.

CAPÍTULO PRIMERO

Confieso que no soy un hombre de buena suerte.

Hace dos años me despidieron del periódico en que trabajaba, el independiente *Boston News*. Todo fue porque el propietario se casó, a sus sesenta, con una chica de veintidós que había sido medio novia mía. Les juro que yo ni me enteré. Pero el propietario sí que se enteró, y sospechando no sé qué, optó por despedirme.

Entonces entré en el *Chicago Tribune*.

El *Chicago Tribune* es un gran diario.

¡Vaya si lo es!

Grandes tiradas, grandes reportajes, buenos sueldos. Pero cuando los escándalos de la Convención Demócrata, que se celebró en esa ciudad, yo hice una información que no le gustó al alcalde. El alcalde hizo que no le gustase tampoco al director ni al propietario. Me dijeron que había insultado a la policía de la ciudad. Bueno, entre los tres me pusieron de patitas en la calle.

Entonces fui como periodista independiente a Vietnam.

Yo odio la guerra de Vietnam.

No soporto las aldeas destruidas, las bombas de napalm, los niños enfermos o muertos, la táctica de «tierra quemada» y todo lo demás. Pero me aguanté y estuve allí un año, hasta que los del Vietcong derribaron el helicóptero en que viajaba. ¿No les he dicho que soy un hombre de mala suerte? Entre dos docenas de helicópteros, sólo derribaron el mío. Me rompí una pierna y estuve tres meses en el hospital, cuidando eso y no sé cuántos centenares más de pequeñas heridas. Entonces los periódicos para los que trabajaba me dieron una pequeña indemnización. No demasiado, claro. Pero sí lo suficiente para ir tirando durante seis meses más.

Decidí que en lugar de pasar seis meses mal, podía pasar cuatro meses bien.

Y me largué a Francia.

Aún estaba convaleciente.

No podía correr, ni hacer grandes esfuerzos, pero allí pensaba terminar de ponerme bien.

He estado en Francia otras veces.

Las noches de París, las catedrales góticas de Normandía, los jardines de Versalles, los cafés del barrio latino... La Biblia.

Todo eso lo conozco.

Pero yo no quería bullicio. Yo quería descansar y leer en una pequeña ciudad provinciana francesa. Y elegí Limoges.

Limoges me gusta.

Es aún una ciudad relativamente tranquila, que conserva el viejo sabor anterior a la guerra del 1914-18.

Tiene rincones apacibles, el clásico monumento a los soldados muertos por la patria, unos cuantos restaurantes selectos y unos alrededores frescos y tranquilos. Rodeado de libros, me prometí pasar allí una temporada apacible.

Encontré una habitación aseada y limpia.

No crean que eso es fácil en Francia.

Yo soy un enamorado de ese país, pero debo confesar que los franceses son sucios.

En el mismo París, un treinta por ciento de los pisos aún no tienen agua corriente. Y una cantidad semejante no dispone de servicios higiénicos privados. Éstos se hallan en los rellanos de la escalera, y los vecinos por las mañanas hacen cola.

Pero no les sabe mal.

Una reciente encuesta realizada en París planteó la cuestión de si los vecinos que no disponían de agua corriente y servicios higiénicos preferían tener eso o cambiar de coche. La inmensa mayoría optó por cambiar de coche.

—Si hasta ahora nos hemos pasado sin el agua —contestaron—, ¿para qué la necesitamos?

—Por eso digo —y lo lamento— que los franceses son sucios.

Tanto, que los alemanes y los italianos que se dirigen a España adquieren, antes de salir de vacaciones, un librito en el que se les explica de qué modo pueden llegar a su destino sin necesidad de tener que pernoctar en Francia.

Todo eso es verdad.

Pero ya les digo que en Limoges encontré algo a mi gusto.

Una habitación con vistas a la plaza de la República, ducha, buena cama y estantería para colocar mis libros.

Y en Limoges conocí a gente simpática.

Conocí a Pierre, el romántico.

A Bernanos, el sepulturero.

Y a Annette, la muerta.

Sobre todo a Annette, la muerta.

Cada vez que la recuerdo aún me estremezco.

Pero ése es el principio, el maldito principio de la historia...

Permitan que me presente en dos líneas.

Soy Marlon Joyce, de treinta años, nacido en Boston, periodista —hasta ahora sin suerte, como ven— y con unas características físicas más bien normales: 1'75 de estatura, 1'10 de perímetro torácico, ojos azules y buena pegada. He sido boxeador aficionado durante algún tiempo. No me iba mal. Algunos me dijeron que debía pasarme al profesionalismo, pero yo opté por un trabajo intelectual creyendo que era más seguro.

Sí, ya lo ven.

En fin, sigamos con lo que me ocurrió, pese a que yo no quisiera recordarlo.

En Limoges, como en todas las pequeñas ciudades francesas, hay un café llamado Café du Commerce. Allí se reúnen los viajeros, los pequeños burgueses y hasta algunos caciques de la política local. De vez en cuando también se descuelga por allí alguna chica que no está mal. Eso fue lo que me hizo aficionarme a ir al Café du Commerce todas las tardes: la esperanza de que se descolgara alguna chica.

Pero no hubo suerte, como otras veces.

Las chicas estaban interesadas por gente que poseía unos bolsillos más sólidos que los míos.

Sin embargo, fue allí donde conocí a Annette.

Y a Pierre.

Dejen que les hable de Annette.

Ya, que soy una mala persona, suelo dividir a las mujeres en chicas para hablar con ellas, para mirarlas y chicas para... ejem, ejem... Bueno, pues Annette no era de las de ejem, ejem. Resultaba más bien una muchacha dulce y romántica. No quiero decir que no

tuviera todo lo que hay que tener, y, además, muy bien colocado en su sitio. Pero, al verla, uno pensaba más en la dulzura de su mirada que en la curva de sus caderas. ¿Qué se le va a hacer? Los hombres somos muy complicados. El caso fue que llegué a entablar una cierta —y desinteresada— amistad con Annette.

Y también conocí a Pierre.

Pierre era un corredor automovilista, aunque no de los consagrados. No había pasado de la fórmula 3. Convalecía en Limoges de unas heridas que sufrió en el circuito de Le Mans. Enseguida me di cuenta de que era un romántico.

Solía sentarse a la misma mesa que Annette y yo.

Pronto se estableció entre los dos algo más que una sólida amistad. Llegó un momento en que estábamos sentados los tres a la mesa, pero sólo hablaban ellos dos. Pierre tenía veinticinco años, y Annette veinte. Me di cuenta de que estaban enamorados y de que yo estorbaba.

Al cabo de unos días dejé de ir al Café du Commerce.

Pero al cabo de una semana reaparecí por allí. Pensaba encontrarlos muy acaramelados y ya cogidos del brazo, como dos que piensan casarse. Pero tuve una buena sorpresa al no verlos en el sitio de costumbre.

La mesa que antes ocupaban estaba vacía.

O como si lo estuviera.

La ocupaba un individuo grueso, con aspecto de notario o de registrador de la propiedad, que bebía su vaso de pernod a pequeños y solemnes sorbos.

El dueño me conocía. Cuando le pedí mi jarra de cerveza, como otras tardes, me hizo un guiño.

—¿Sorprendido? —me preguntó.

—Un poco. ¿Qué se ha hecho de Annette y de Pierre?

—Se han marchado los dos.

—¿Cómo? Pero ¿es que se han casado?

—Oh, no... Nada de eso. Simplemente, se han separado de un modo provisional. Él ya estaba mejor y tenía que reanudar los entrenamientos en el circuito de Monza, para un nuevo modelo de la casa Fiat. Ella ha ido con sus padres a París. Tenían que resolver allí no sé qué de una herencia.

—¿Es que Annette va a ser rica?

—Ya lo es ahora. Sus padres tienen una de las fortunas más considerables de esta región. Pero parece ser que ahora ha muerto una de sus abuelas. Annette pasará a ser enormemente rica. Creo que ella es heredera directa, en virtud del testamento.

Bostecé delicadamente.

Con franqueza, aquello no me interesó ni un momento.

El que Annette fuera rica o no, me tenía sin cuidado.

—¿Pero era la novia de Pierre cuando se separaron? —pregunté.

—Sí, puede decirse que sí.

—¿Cuándo volverán a encontrarse?

—Dentro de un mes justo, aquí mismo y en aquella mesa, en la de costumbre. Es decir, el día 2 de mayo y a las diez de la noche, ambos se han juramentado para encontrarse ahí. Cómo ve, faltan en total veintinueve días.

Sonreí.

La historia me parecía muy romántica, muy propia de los dos.

Pensaba que en nuestro mundo presuroso y mecanizado, ya no quedan personas así.

Pero me equivocaba. Entre las ciudades cada vez mayores, los relojes implacables y los millones de tubos de escape, aún queda un poco de sitio para los románticos como Pierre y Annette.

Terminé de beber mi cerveza en silencio.

Y aquella noche recibí un cablegrama de uno de los periódicos para los que había trabajado, el *Saint Louis Courier*. Querían un reportaje en directo sobre el actual muro de Berlín, con buenas fotos. El tema no era nuevo, pero aún podía interesar a los lectores. Me enviaban como anticipo un cheque no muy gordo: lo que se pagaría a un periodista de segunda fila.

—De modo que tomé mi cámara, una «Nikon», último modelo, y me largué a París, y de allí a Berlín.

El trabajo me ocupó una semana, pero como la ciudad me encantaba, decidí permanecer allí algún tiempo más. Estuve en la zona oriental y en la occidental. Visité la soberbia biblioteca de la Universidad de Humboldt, en la zona comunista. Y pasé horas y horas, mirando a la gente, en los cafés de la Kufürstendam, en la zona federal.

Al cabo de un mes justo regresé a Francia.

Y fui a Limoges, donde no había dejado de pagar la habitación

que alquilé aquel día.

No me había fijado ni en la fecha.

Pero resultó que era el 2 de mayo.

¿Una casualidad? ¿Una jugada del destino?

No lo supe entonces. Y creo que no lo sabré nunca.

Pero lo cierto fue que esperé, con un ansia extraña e incontenible, un ansia que no acertaba a explicarme, a las diez de la noche.

Y a esa hora acudí al Café du Commerce.

CAPÍTULO II

La plaza de la República tenía el mismo aspecto provincial —en Francia diríamos departamental— y tranquilo de siempre. Las luces eran escasas y aún recordaban las viejas farolas de gas. Todo estaba lleno de dulces, tranquilas y apacibles sombras.

En el café había poca concurrencia. Los franceses se acuestan temprano. Unos cuantos bebedores somnolientos parecían dedicarse solamente a escuchar los pitidos de los trenes en la estación, que no estaba lejos. Una rubia oxigenada se había sentado de tal modo que se apreciaba lo bien que sus medias negras encajaban con los suaves encajes que llegaban desde arriba. El patrón meditaba con los codos apoyados en el mostrador, pensando quizá en los impuestos del próximo trimestre.

Pero yo me fijé en todo eso de un modo sólo superficial.

Mi atención se concentró exclusivamente en la mesa donde tenían que encontrarse Pierre y Annette.

Estaba vacía.

Parecía como si la gente la hubiera respetado de un modo instintivo. Como si la gente supiera que allí tenía que efectuarse una cita de amor.

Volví a consultar mi reloj. Eran las diez y cinco.

Y nadie llegaba.

Empezaba a pensar que los dos se habían olvidado de su romántica promesa cuando de pronto vi aparecer a Pierre.

Estaba algo cambiado.

Venía más moreno, más deportivo, señal evidente de que la vida de entrenamientos en Monza le había sentado bien.

Parecía feliz.

Me hizo un guiño al verme y avanzó para estrecharme la mano.

—Hola, Marlon, ¿qué tal? ¿Ha estado todo este tiempo en Limoges? Creí que ya habría vuelto a su país.

—No, no he estado todo el tiempo aquí. Hube de viajar a Berlín. He vuelto hoy, precisamente.

Y sonreí.

—Ya sé que tiene usted una cita —dije.

—Sí, con Annette. Pero ¿quién se lo ha contado?

Señalé hacia el mostrador.

—El patrón es un indiscreto.

Pierre lanzó una carcajada.

—Por esta vez no me sabe mal —dijo—. De todos modos era un secreto a voces. ¿Qué tal por Berlín?

—Bien... En estos momentos es una de las ciudades más interesantes de Europa.

—Yo pude haberlo pasado muy bien en Monza, pero no he vivido pensando en el momento de volver. ¿Sabe que he batido un récord con un Fórmula 3?

—Le felicito. Siempre he admirado a los que tienen su profesión. Es la más arriesgada del mundo.

—Bah... Los mineros se arriesgan bastante más que nosotros... y cobran menos.

Miró su reloj con un nerviosismo que no acertaba a ocultar. Eran las diez y diez.

—Es extraño que no haya venido Annette —dijo.

—Se habrá retrasado. Querrá ponerse guapa.

—Hum... Ella no es de esa clase de mujeres. Es la chica más espontánea y sencilla que he conocido.

—Desde luego, pero en una ocasión así...

Y los dos volvimos la cabeza en la misma dirección, porque alguien se acercaba.

Pero no era Annette. No. Era lo más distinto de ella que se pueda imaginar. El que se acercaba era el gordinflón propietario del Café du Commerce, que no tenía cintura de avispa, sino de rinoceronte.

Tenía una cara extraña.

Y miraba solamente a Pierre.

¿Por qué adiviné yo entonces lo que iba a ocurrir? ¿Por qué tuve aquella premonición tan siniestra?

El hombre puso una mano sobre la espalda de Pierre.

—Muchacho, lo siento —dijo—. De verdad que lo siento.

Pierre quiso sonreír.

Pero la sonrisa se le fue quedando helada mientras miraba la cara del otro.

—¿Qué... qué ocurre? —balbució.

—Creí que se lo habían dicho.

—¿Decir... qué?

—Bueno, yo...

Pierre se estremeció.

Sus facciones se habían crispado. Sus manos fueron, de una manera maquinal e instintiva, hacia el delantal del dueño del café, que casi desgarraron.

—¡Hable!

El otro balbució:

—Lamento tener que ser yo quien le dé esta noticia, Pierre. Pero supongo que alguien ha de hacerlo.

—¡Hable de una maldita vez! ¡Hable, infiernos! ¡Hable! ¡Hableeee...!

Se había excitado de tal modo que comprendí que era mejor sujetarle. Ya debía haber adivinado la noticia. Yo la había adivinado también. Pero así como por mi parte estaba asombrado y confuso, Pierre se había puesto materialmente fuera de sí.

El dueño del café balbució:

—Por favor, suélteme. Yo sólo quería decirle que... que Annette ha muerto.

Nunca hubiera creído que Pierre se derrumbara tan aprisa.

Él era un hombre fuerte, un deportista al fin y al cabo.

Pero dio la sensación de que se nos deshacía en las manos. Toda su tensión anterior se transformó en nada. Sus músculos se arrugaron, su cuerpo se tronchó como una caña. Cayó derrumbado sobre una silla, haciéndola temblar.

Transcurrieron unos minutos interminables. Yo no sabía qué decir, no sabía qué pensar. En cuanto a Pierre, estaba con la mirada perdida. Nunca había visto un hombre tan deshecho, tan arruinado como él. Daba la sensación de que ya no podría levantar en su vida una brizna de paja.

El tiempo parecía haberse detenido.

Los dos estábamos hundidos en nuestros pensamientos y como abismados en un universo donde sólo existían el absurdo y el

horror.

El dueño del café se fue y regresó apenas un par de minutos más tarde. Traía una gran copa de coñac en la mano.

—Beba... Es un «Napoleón» seco, cosecha 1930. Lo tengo para las grandes ocasiones. Apúrelo de un trago. Le hará bien.

Pierre bebió maquinalmente.

Dudo que se diera cuenta de la calidad excelsa de lo que acababa de engullir. Supongo que lo mismo le daba aquello que un litro de alcohol metílico, de los que acaban con un hombre en pocas horas. Pero el efecto deseado se produjo. Poco a poco sus ojos se animaron y volvieron a recobrar otra vez la vida.

—¿Es... es cierto lo que ha dicho? —balbució.

—Desgraciadamente, sí.

—¿De qué murió?

—Un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Hum... Es difícil de explicar.

Pierre se pasó una mano por la boca. Noté que su mano temblaba.

—No me dirá que se quemó viva, por ejemplo. No me dirá que sufrió... ¡Explíqueme! ¿Sufrió?

—No, no creo.

—Pues, ¿qué fue lo que ocurrió? ¡Maldita sea! ¡Hable!

El dueño del Café du Commerce temblaba. Pero más temblaba el nervioso Pierre.

Yo me creí en el caso de susurrar:

—Por favor... Cálmese.

—Se estrelló con su coche —dijo el buen hombre—. Pero se estrelló en un sitio inesperado, créame...

—¿Dónde?

—Bueno, crea que lamento darle todos esos detalles. No son agradables, se lo aseguro. Pero ella chocó en el cementerio. Fue a estrellarse contra una tumba.

Yo quedé anonadado.

No esperaba aquello. Incluso me parecía increíble.

En todo caso era el accidente más extraño del que había oído hablar jamás.

Pero al que debió parecerle increíble fue a Pierre.

¿Creyó que le engañaban? ¿Qué tal vez se estaban burlando de él? ¿Qué aquélla era la broma más macabra que le habían hecho en todos los días de su vida?

Casi saltó de la silla.

El dueño del café se apartó un paso.

—Bueno, oiga... —dijo—. Comprenda que yo...

Y en ese momento intervino Bernanos.

Era la primera vez que yo le veía. Mejor dicho, sí que le había visto algunas veces en el café. Pero no sabía quién era. Bernanos tendría unos cincuenta años, pero se conservaba fuerte. Fue él quien sujetó a Pierre y le obligó a sentarse de nuevo en la silla.

—Perdone —dijo—. Pero no se trata de una broma.

Pierre farfulló:

—¿Quién es usted?

—Uno de los que más cosas pueden saber sobre lo ocurrido.

—Eso no contesta a mi pregunta. ¿Quién es usted?

—Soy el sepulturero de Limoges. Mejor dicho, uno de los sepultureros. Pero el de más categoría. Soy el jefe del servicio.

—¿Y qué tiene que ver con esto?

—¿Pregunta qué tengo que ver? Fui yo el que primero acudió, al oír el estruendo del coche, por si podía hacer algo. Fui yo el primero que sacó a Annette de entre los hierros retorcidos. Pero ya había muerto. En realidad, fui yo el primero que tocó el cadáver.

Pierre balbució como si estuviera acometido por una idea fija:

—Se están burlando de mí. Todo eso no sucedió. Se están burlando de mí como unos malditos hijos de perra...

—Le juro que preferiría burlarme de usted —dijo Bernanos—. Aunque luego me partiese la cara, demonios. Pero no, esto no es una burla. Es una terrible realidad. Y puedo demostrárselo.

—¿De qué modo?

—Hombre, es sencillo... Venga al cementerio conmigo.

Pierre se estremeció.

De repente, la realidad de la situación pareció entrar en su cerebro como la hoja afilada de un cuchillo.

—¿Qué he de ver allí? —dijo, negándose a admitir todavía la realidad.

—La tumba de Annette.

—La tumba... de Annette...

—Comprendo que es terrible para usted pronunciar esas palabras. Pero más vale aceptar las realidades como son. Y acostumbrarse a ellas.

Yo me puse en pie.

Aquella situación me molestaba y casi me conmovía.

Pero fue Bernanos quien me detuvo, cuando ya me disponía a marchar.

—No, no... Usted acompañenos, señor Marlon. Ya ve que conozco hasta su nombre. Sé que es amigo de Pierre. En un momento así, necesitará una persona que le comprenda. Vamos, será mejor. Hay cosas que conviene hacer cuanto antes.

Y así fue como me metí en aquella condenada aventura. Si Bernanos llega a callar, yo me hubiera alejado. Es posible que hubiera marchado de Limoges a la mañana siguiente. Todo aquello resultaba demasiado triste para mí.

Y con los años hubiera llegado a olvidarme de todo aquello.

Pero Bernanos habló. Fue él quién se metió en aquel mundo macabro, aquel mundo de pesadilla.

Y me hizo vivir algo que no llegaré a olvidar jamás, por muchos años que viva.

CAPÍTULO III

Fuimos al cementerio.

Hicimos el camino a pie, ya que en Limoges ninguna distancia es demasiado larga. Además nos convenía despejarnos con el aire fresco de la noche.

Sobre todo a Pierre.

Le vi muy pálido.

Daba la sensación de que iba a caerse, y por eso me situé junto a él, por si necesitaba mi ayuda.

El cementerio de Limoges está cerca de la carretera.

Millones de personas que salen de París, en busca del sol mediterráneo, pasan junto a él cada año.

Pero no se fijan demasiado.

«Bueno, un cementerio —deben decirse—. Cuánto más tardemos en entrar en él, mejor».

En cambio para nosotros era esta noche un punto importante, el punto más importante de la tierra.

Bernanos nos hizo entrar en la caseta donde se guardaban los útiles necesarios para el trabajo. Todo estaba muy limpio, pero los objetos que había allí eran siniestros. Sobre todo las carretillas especiales para transportar los ataúdes, me pusieron enfermo.

Tomó entre sus manos una gran linterna.

—Aquella zona está muy oscura —dijo—. Ustedes, síganme.

Yo miré a los ojos de Pierre.

—Convénzase de que Annette está muerta —susurré—. Convénzase de una vez y dejemos esto para otro día. Para mañana, por ejemplo. Cuando luzca el sol, todo será distinto.

Pero ahora era Pierre el que estaba empeñado en ir allí.

Murmuró:

—No... Por nada del mundo dejaría de ver ahora su tumba... Tenemos que seguir.

—Pero...

—¡No me frene, Marlon! ¡He de verla! ¡He de verla como sea...! Hice un gesto de asentimiento.

—Sí —balbucí—. Después de todo quizá tenga razón Bernanos. Tal vez sea lo mejor.

Seguimos al sepulturero, avanzando por las solitarias calles del cementerio.

El ambiente era sobrecogedor.

Yo soy un hombre tranquilo, yo he estado en los peores sitios del mundo y no me impresiono fácilmente. Pero esta noche no podía evitarlo. No sé qué infiernos me ocurría. ¿Era aquella sensación de absurdo que había roto la vida de Annette? ¿Era impresión por el dolor que manifestaba Pierre? ¿O era tal vez porque ya intuía el mundo fantasmal en que me iba a meter de cabeza?

La luz de la linterna arrancaba destellos a las lápidas.

Aquí y allá distinguía pedazos de nombres fugitivos... Retazos de fechas... Frases que hacían estremecer:

«Jacqueline Per... mort au... hic yacet...

18 avril, 1912... Je t'aime... Je... t'aime...».

Estaba en la frontera en que la vida se junta con la muerte. Esa frontera que atravesamos todos alguna vez.

El único que estaba tan tranquilo era Bernanos.

Y resultaba natural.

Aquél era su mundo, aquél era su oficio.

Se detuvo ante un panteón grande, lujoso, casi excesivamente ornamentado. Era un pabellón que, puestos a juzgarlo de algún modo, podríamos decir que era de nuevo rico.

Bernanos explicó:

—Los padres de Annette lo hicieron construir hace algunos años. Pensaban en ellos, claro. Pero nunca llegaron a imaginar que lo estrenaría su hija.

Pierre balbució:

—¿Es ella la única que está enterrada aquí?

—Sí. La única.

—Dios santo...

—¿Y qué más da? —susurró Bernanos—. Éste es el único sitio en

el que nadie agradece la compañía.

E introdujo la llave en la puerta metálica del panteón.

Ésta no chirrió.

Allí todo era nuevo, aséptico. Allí nada estaba impregnado aún con el olor denso de la muerte.

La luz de la linterna iluminó tétricamente el interior, que era completamente de mármol blanco. Cada rayo luminoso parecía deshacerse en mil misteriosas irisaciones. Hasta nuestras sombras se proyectaron allí alargadas, monstruosas.

El disco luminoso paseó por los estantes vacíos, cada uno de los cuales debía contener un ataúd al que aún no le había llegado la hora. Sólo uno de los estantes estaba ocupado. ¡El que correspondía al ataúd de Annette!

Nuestros ojos se dirigieron hacia allí.

Estaban como hipnotizados.

Y entonces fue cuando nuestros cabellos se erizaron, cuando oímos el entrecostar de nuestros dientes, como si cada uno de nosotros se hubiera transformado de pronto en su propia calavera.

Entonces empezaron también los gritos.

Curiosamente fue Bernanos el primero que lo lanzó.

Él, que hubiera debido ser el más sereno.

Luego Pierre.

Y por fin yo, que había perdido por completo el control de mis nervios, que era otra vez —cosa inverosímil a mi edad— un muchachuelo asustado.

La linterna cayó al suelo. No sé cómo tuve fuerzas para recogerla. Fui yo quien lo iluminó todo.

Quien iluminó el ataúd con la tapa descerrajada.

Quien iluminó el interior vacío.

Quien trató de descubrir un cadáver... ¡que no existía! ¡Que ya no estaba allí!

CAPÍTULO IV

Como usted habrá imaginado ya, amigo, todas esas cosas de los cadáveres están en el Código Penal. Ninguna legislación de ningún país del mundo deja de tener en cuenta esa clase de hechos.

La mayor parte de los códigos hablan de esas cosas en dos apartados distintos: la profanación de tumbas y los delitos contra la salud pública. Muchas veces los dos delitos van ligados. Quien, por ejemplo, roba un cadáver en descomposición, comete uno y otro.

Ya puede usted imaginar que la ley no tolera el que uno se apodere de un cadáver y lo pasee por el mundo. Desgraciadamente un cuerpo humano en descomposición es una sustancia peligrosa, es casi como un explosivo. Contamina el agua, infecta el aire. Y a eso se le llama un delito contra la salud pública.

Tales pensamientos ocupaban nuestros cerebros cuando entramos en la antesala del juez, en el viejo y lúgubre Palacio de Justicia de Limoges. Éramos los tres. Éramos Pierre, Bernanos y yo.

Habían transcurrido más o menos doce horas desde que descubrimos que no estaba el cadáver.

Era Bernanos, que al fin y al cabo tenía en aquel caso algo así como un cargo oficial, quien había denunciado el hecho.

Y ahora íbamos a declarar.

Los tres estábamos lívidos.

Pero sobre todo lo estaba Pierre.

Y sin embargo...

¿Quieren que les diga la clase de loco pensamiento que entonces pasó por mí?

No van a creerme.

Pero yo pensé que Pierre estaba contento.

Que había sentido un gran alivio al no encontrar el cadáver de Annette en su ataúd.

Pasado el primer momento de estupor, de miedo, ahora una

alegría que pugnaba por disimular brotaba del fondo de su ser. Una alegría casi incontenible y que yo no acertaba a explicarme.

Se lo pregunté mientras estábamos esperando a qué nos recibiera el juez. Yo no podía más.

—¿Qué le pasa, Pierre? No me diga que no se siente extraño.

—¿Y qué me va a pasar, amigo Marlon? Lo mismo que a usted. Estoy aturdido, asustado...

—Y algo más.

—¿Algo más?

—Sí. Usted está contento.

Se sobresaltó un momento.

Pero no me lo negó.

Al contrario, dijo con una sonrisa:

—Júzguelo como quiera, Marlon, pero estoy más contento que cuando llegué a Limoges para entrevistarme de nuevo con Annette. Porque ahora se algo que antes no sabía.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que nuestro amor está por encima de la muerte.

Me estremecí. No sé bien por qué, pero me estremecí.

—¿Qué quiere decir? —musité.

—Que Annette acudirá a la cita. Ha salido de su ataúd para eso. Ella y yo nos encontraremos.

—No diga tonterías, amigo mío. No se pueden creer esas memeces.

—¿Memeces? ¿Por qué emplea ese calificativo insultante para hablar de un amor que está más allá de la vida?

—Cuerno, porque no se puede ser tan romántico. La vida tiene sus realidades. Realidades sucias y miserables, si usted quiere, pero hay que aceptarla como son.

Pierre movió la cabeza negativamente. Me pareció que no estaba ni mucho menos convencido.

En ese momento intervino Bernanos, que se había puesto cachazudamente una pipa en la boca.

—Amigo Pierre, lo siento, pero no me queda más remedio que ponerme del lado del señor Marlon, aunque sea americano, y conste que a mí los americanos me dan siete patadas en la barriga. Yo fui el que encerró en el ataúd el cuerpo de Annette. Y puedo asegurarle que estaba muerta, bien muerta.

Pierre no contestó.

Parecía aferrado a su absurda creencia, de la que nadie podría moverle. Aquella creencia de que después de muerta, Annette acudiría como fuese a la cita.

Pero Bernanos prosiguió:

—Yo tengo mi propia idea sobre lo que ha sucedido.

Le miré con curiosidad.

—¿Qué idea, amigo?

—Pues muy sencilla. Y está fundamentada en hechos rigurosamente reales. Puesto que conozco muy bien a la familia de Annette puedo decirlo. Imaginen que...

Pero en ese momento se abrió la puerta del despacho del juez.

Un ordenanza murmuró:

—Pueden pasar.

El juez nos recibió amablemente, aunque estaba visiblemente excitado por aquel hecho increíble. Nos hizo narrar lo sucedido de la primera a la última letra, con la intervención que cada uno había tenido en el asunto. Cuando hubimos concluido y un escribano hubo tomado nota de todo, el juez murmuró:

—La verdad es que no entiendo nada absolutamente, y además les aseguro que me siento impresionado. Dolorosamente impresionado. ¿Pero qué es lo que opinan ustedes?

Miraba a Pierre, pero Pierre no contestó.

Sin duda no se atrevía a exponer ante el juez su romántica teoría sobre las citas más allá de la muerte.

Fue Bernanos quien alzó el dedo.

—Señor juez...

—Diga, diga.

—Yo tengo mi idea sobre lo sucedido.

—¿Qué idea?

—Se resume en un solo nombre.

—Vamos, dígalos.

—Madeleine.

El juez parpadeó.

—¿Madeleine? No sé a quién se refiere.

—La hermana de Annette.

—Ah, sí... Es cierto... Annette tenía una hermana. Sí... Se llamaba Madeleine. Mejor dicho, se llama así, porque está viva. ¿Y

por qué dice usted eso, Bernanos? ¿Por qué la involucra a ella?

—Porque Madeleine amaba a una persona sobre todas en el mundo: su hermana Annette.

—¿Y qué?

—Además, Madeleine está loca. Se pasa largas temporadas recluida en clínicas mentales.

El juez insistió:

—Bueno, ¿y qué?...

—¿Cómo que «y qué»? Pues muy sencillo: ¡Es ella quien ha robado el cadáver de su hermana!

Las manos del juez temblaron un momento.

No debía acabar de entender aquello, pero no le quedaba más remedio que aceptar una denuncia hecha con tanto énfasis.

Descolgó el teléfono.

—¿En qué institución mental está ahora, Bernanos? —preguntó.

—Cerca de aquí. Mére de Dieu la Grace.

—Muy bien. Comprobaremos si salió y qué libertad de movimiento ha tenido últimamente.

Pidió que le pusieran con la clínica mental, y un momento después hablaba. Nunca supimos exactamente qué es lo que le habían dicho, pero hube de deducirlo por lo que susurró después.

Estaba muy pálido cuando colgó el teléfono. Casi diría que mortalmente pálido.

Y bisbiseó:

—Madeleine salió de allí hace cinco días. Justo muy poco antes de que muriera Annette...

CAPÍTULO V

La verdad era que se me estaba acabando el dinero que yo había traído al venir a Francia.

No me quedaba más remedio que volver de nuevo a mi país, buscar algún trabajo y luchar por la vida, como al fin y al cabo había hecho siempre.

Pero que me abran en canal si yo entonces pensaba irme de Limoges. Que me descuarticen si yo iba a dejar de meter las narices en aquel asunto, después de lo que sabía. El que crea que, ante una situación como aquélla, yo iba a marcharme, es que no me conoce. Por eso tomé una decisión. Cablegrafié al director del *Saint Louis Courier*, que era el que me había encargado los reportajes sobre el muro de Berlín, y le pregunté si no le gustarían algunos trabajos sobre los movimientos juveniles en Francia. Claro es que desde Limoges yo poco podía hacer, pero le aseguré que me iría a trabajar a París y que me documentaría bien. Tuve la inmensa suerte que el tipo picara.

Me dijo que sí y me envió el anticipo pedido: quinientos dólares. Cada dólar vale aproximadamente cinco francos.

De modo que tenía dos mil quinientos machacantes, lo cual me serviría para ir tirando una temporadita.

O una temporadaza.

Lo que hiciera falta hasta que se desvelara aquel caso que me volvía loco.

Apenas recibir el dinero, alquilé un coche, un viejo «Panhard», y me fui a la llamada *Vieille maison du Bois*. Digo que alquilé un coche porque hasta allí no había modo de llegar en tren o por otro medio. Y porque un coche da una cierta sensación de solvencia, aunque sea en Francia, donde vas a comprar cien gramos de embutido y te regalan uno para que vuelvas.

En la *Vieille maison du Bois* vivía Madeleine, sin más compañía

que dos viejas criadas.

Por lo visto necesitaba estar sola, casi en pleno campo, y sus padres la habían dejado allí por consejo de los médicos. Realmente la casa, que formaba parte de la herencia familiar, resultaba magnífica para calmar los nervios. Construida enteramente en piedra, tenía ése no sé qué de los edificios antiguos que a uno le hace pensar en el tiempo que se va. Y estaba en medio del bosque, con un aire sano y tonificante. Pero de noche, reconozco que debía parecer siniestra.

¿Por qué me recordaba a un panteón?

¿Por qué pensaba en el camino de un cementerio al avanzar por el sendero que, a través del bosque, llegaba a la casa?

La gravilla crujía bajo mis pies.

Y yo sentía como si el ruido lo produjera otro. Como si alguien me siguiese o estuviera detrás de mí. Y esa sensación fue de tal modo intensa que por dos veces me vi obligado a volver la cabeza.

Un viejo criado me recibió, pero no me preguntó mi nombre. Me dijo que la señorita me recibiría inmediatamente.

Y me recibió.

Recuerdo muy bien que lo primero que me llamó la atención fue la sala donde ella se encontraba. Tenía los muebles antiguos, como correspondía a la casa, pero había en ella además magníficos cuadros de Monet, de Modigliani y de otros más antiguos, como los llamados *pompier*s, o pintores oficiales de la época de la III República, a finales del pasado siglo. Sólo lo que había allí valía una verdadera fortuna. Nunca hubiera creído que Annette —es decir Annette y su hermana— fueran tan ricas. Pero enseguida mis pensamientos se distrajeron de esa idea para mirar a la muchacha.

Ella se puso en pie al verme.

Y musitó:

—Hola, doctor.

Iba a decirle que yo no era doctor, pero no me dejó tiempo. Inmediatamente volvió a sentarse.

Y susurró:

—Cuando usted quiera.

Yo estaba como petrificado.

¿Imaginan ustedes la chica más, más, más...?

Bueno, imaginen lo que quieran.

Y seguro que se quedan cortos.

A mí me gustan las chicas más bien llenitas, que tengan cada cosa en su sitio. Y ésta tenía tanto como yo hubiera podido desear hasta en mis sueños más secretos y más delirantes. Pero con la gracia, además de sus diecinueve (¿o tal vez veinte?) años.

En fin, estaba alelado.

Pero aún lo quedé más.

Porque ella, con la mayor naturalidad del mundo, sentada como estaba, se alzó la falda, se desabrochó los sujetadores del ligero y se bajó una media.

Luego hizo lo mismo con la otra.

Yo estaba... Bueno, no podía respirar.

Debía estar ridículo. Seguro que se me había abierto la boca. Las manos se me habían quedado sin sangre.

La chica vestía de luto.

Claro, se le había muerto la hermana.

Pero si ustedes son capaces de imaginar lo bien que está una chica de luto cuando a una chica le sienta bien el luto, podrán hacerse cargo de lo que yo veía. Y de lo que yo sentía.

Al fin reaccioné.

Me di cuenta de que aquello no terminaba allí. De que la cosa continuaba. La chica iba a quedarse poco más o menos como estaba cuando su madre tuvo el honor de ponerla en el mundo.

De modo que alcé la mano.

No cabía duda de que la chica tenía una clase de locura agradable. Agradable para los hombres, al menos. Pero no había necesidad de tanto.

—Por favor —dije—, no se quite nada más.

Ella parpadeó.

Parecía no entenderme.

—¿No hace usted como los otros? —bisbiseó.

—¿Los otros... qué hacían?

—Todos me pedían que me desnudara antes de contestar a sus preguntas. Aseguraban que así me sentía más indefensa y que era más sincera. Y en la clínica mental, cada vez que estando así me ponía nerviosa, o cuando no quería, me llevaban a rastras a la ducha.

Tragué saliva amargamente.

—Hasta que se resignó, ¿verdad? —pregunté—. Hasta que comprendió que eran más fuertes que usted y empezó a decir que sí a todo.

Ella bajó la cabeza.

—¿Para qué luchar? —bisbiseó.

—Voy a decirle una cosa, Madeleine: No me extraña que siga enferma. Y los médicos que la han atendido hasta ahora han sido una legión de condenados hijos de perra.

Madeleine alzó la cabeza y me miró con una tremenda sorpresa en los ojos.

—¿Usted no es uno de ellos? —murmuró.

—No, yo no soy médico.

—¿Usted no es el doctor Rochelle?

—No.

—Él me dijo que vendría más o menos a esta hora...

—Pues me habré anticipado en unos minutos. Bueno, de todos modos la confusión no tiene importancia.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Marlon Joyce. Soy un periodista norteamericano, pero actualmente vivo en Francia. —Alcé la mano para tranquilizarla—. No tema, no busco ningún reportaje. Simplemente me encontraba con Pierre y con Bernanos cuando descubrimos que su hermana no estaba en el ataúd.

Ella hundió la cabeza.

Noté que sus manos temblaban.

—¿Ha venido el juez? —pregunté.

—Sí.

—¿Y la ha interrogado?

—Sólo unas cuantas tonterías... Por ejemplo, dónde estaba cuando... cuando murió Annette. Y qué he hecho durante todos estos días.

—¿Se lo ha contado usted?

—Sí. Le he dicho la verdad... Que había estado paseando por el bosque. No le he mentado. ¿Sabe? Ni siquiera me dejaron ir al entierro de Annette. Dijeron que yo estaba... estaba...

No quiso pronunciar la palabra. Yo la ayudé.

—¿Demasiado débil?

—Bueno, algo así... Que estaba enferma.

Traté de sonreír.

—¿No quiere que vayamos a dar un paseo, Madeleine? Tengo *whisky* en el coche. ¿No le apetece un trago?

—Nunca bebo, pero en fin... Podemos ir si usted quiere.

—Es usted muy sumisa, Madeleine.

—Me han acostumbrado.

—¿Desde niña?

—No sé qué decirle... Siempre he vivido así. Siempre he hecho lo que los otros querían... Más o menos desde que tenía diez años.

Tragué saliva otra vez.

—¿Qué le ocurrió a los diez años, Madeleine?

—Pues... pues nada. Que estuve enferma.

—¿De qué?

—No lo recuerdo.

—¿Y antes de estar enferma? ¿Qué hacía?

—No lo sé.

—¿Trata de hacerme creer... que no recuerda nada de lo que le sucedió antes de cumplir diez años?

—Pues... pues no.

La chica decía aquello con la mayor naturalidad. Con una indiferencia que helaba la sangre en las venas.

Claro que ya la habían acostumbrado a la idea.

A la idea de que ella era una enferma que necesitaba tratamientos continuados para ponerse bien.

—Desde que recuerdo las cosas —musitó la muchacha—, siempre he estado en manos de médicos. Me hacían psicoanálisis para que yo recordara lo que había sucedido. Me... me desnudaban por dentro. Eso era lo que decían. Tenían que encontrar mi verdad íntima, fundamental. Me hacían preguntas incomprensibles mientras yo estaba tendida en un diván. O me ponían delante de los ojos dibujos extraños para que yo dijera lo primero que se me ocurría al verlos.

Parpadeé.

Conocía lo bastante de los métodos psicoanalíticos para saber lo que los médicos preguntan en tales vasos. Pero, por lo visto, con la muchacha aquello no había llevado a resultado alguno.

—Salgamos —susurré.

Ella me acompañó hasta que estuvimos en el bosque. Todo

aquello pertenecía a la casa. Ya hay pocas personas en Europa que tengan posesiones así. Uno caminaba kilómetros y kilómetros y resultaba que no se había movido de la hacienda. Pero a Madeleine eso no le impresionaba. Me di cuenta de que era un alma de niña, para quien determinadas cosas materiales, como por ejemplo el dinero no tenían apenas sentido.

Llegamos a la carretera.

Allí, por aquel lado, terminaban las tierras pertenecientes a la casa.

Era una carretera tranquila, provinciana, en la que a aquella hora de un miércoles, día laborable apenas pasaban coches.

Caminamos por sus bordes en silencio, durante largo rato. Al fin pregunté:

—El juez... ¿ha hablado de trasladarla a algún sitio?

—No. Por lo visto se enteró de que en la última clínica mental donde estuve me consideraban sana. Al menos lo suficiente para no tener que estar allí. Y el juez me ha dicho que puedo ir por dónde quiera, pero que si cambio de domicilio he de darle aviso. Ah... Y que no me aleje más de cincuenta kilómetros del centro de Limoges.

Hice un gesto de asentimiento.

Las medidas tomadas eran razonables. Un juez normal hubiera hecho justamente aquello. Pero imaginé que la chica estaría bajo una discreta vigilancia, y que a aquella hora una serie de expertos estarían examinando febrilmente y sin descanso sus antecedentes clínicos.

—Madeleine —dije—, sé que puedo servirle de muy poco, pero si en algo consiguiera ayudarla, yo...

Me miró.

Chispeó en sus ojos una luz alegre. Yo creo que por primera vez en su vida encontraba a alguien que la trataba como si ella estuviera del todo bien. Que ponía en sus palabras un poco de calor humano.

Antes debía haber hecho eso mismo su hermana Annette.

Pero su hermana Annette ya no existía.

¿O tal vez sí?...

El pensamiento era la primera vez que se me ocurría. Me dejó petrificado, paralizado, absorto.

Con la sensación de que mis pies no tocaban el suelo.

Y fue entonces cuando estuvo a punto de arrollarnos aquel camión.

Era un camión enorme, una especie de mastodonte de ésos que se emplean para las mudanzas, pero pintado de colores alegres (una especie de camión *hippie*, vaya) y con grandes cartelones a ambos lados.

Reaccioné a tiempo.

Pude apartar a Madeleine, que estaba tan absorta como yo, y dejamos espacio libre para que el camión pasara. El conductor sacó la cabeza por la ventanilla, tal vez para llamarnos burros, pero al ver a la muchacha todo lo que se le ocurrió gritar fue:

—¡Chataaaaaaaa...!

Y luego desapareció.

Entonces ocurrió aquella cosa increíble. Aquella cosa que, al menos, no supe entonces entender.

Madeleine vaciló.

Se llevó las manos a la frente.

Noté que iba a caer y la sostuve con mis brazos.

Pero no era debilidad, no era un mareo.

Me fijé en sus ojos.

Y en sus ojos había..., ¡había miedo! ¡Se estaba desmayando de terror!

¡DE TERROR!

¿Qué había visto?

Yo me fijé febrilmente en el camión, llegando a tiempo de verlo antes de que tomara la curva. Lo vi justamente por el lado que habíamos visto antes Madeleine y yo.

Había allí un cartelón enorme, muy bien pintado.

Decía:

«CIRCO LEGRAND
CON SU SENSACIONAL ATRACCIÓN
MADAME NORMA
LA QUE ADIVINA EL PORVENIR
DE LOS VIVOS
Y EL PASADO DE LOS MUERTOS».

Y nada más.

Bajo las letras estaba pintado el retrato de una enigmática mujer. Una mujer ya anciana, de cortos cabellos blancos y de profundos e inquietantes ojos negros.

No pude ver más.

Porque el camión desapareció.

CAPÍTULO VI

Depositó a Madeleine en el suelo, ya que quería hacerle, si era necesario, la respiración artificial. Vi que estaba muy quieta y muy pálida. Su pulso era casi insensible.

Me asusté, demonios.

Usted también se hubiera asustado en mi lugar.

¡Menudo conflicto, si se me moría allí!

Corrí febrilmente hasta mi coche, que no estaba lejos, y tomé la botella petaca de *whisky* que llevaba en la guantera. Volví a toda velocidad (yo creo que batí el récord mundial de los ochocientos metros) y vi que la muchacha estaba igual. Le puse el gollete entre los labios, para que bebiera un sorbo. Empezó a toser.

En aquel momento un coche frenó muy cerca de nosotros.

Un individuo alto y delgado se aproximó corriendo. Casi me dio un empujón para arrodillarse ante la muchacha.

—Eh... —mascullé—. Está bien que quiera ayudar a una persona caída. Pero para eso no hay que tumbar a otra.

—Cállese —dijo bruscamente—. Seguro que usted no es médico.

—No.

—Yo soy el doctor Rochelle. Ahora justamente venía a visitar a esta muchacha.

Apreté los labios.

De modo que el doctor Rochelle... Cuando llegué yo, el criado y la misma Madeleine me confundieron con él. Y por confundirme con él, la chica me hizo aquella exhibición de piernas que aún me tenía mareado. Miré con antipatía al tipo. De modo que ése debía ser también de los que creían que las chicas sin ropa dicen la verdad mejor...

Pero me aguanté.

Noté que el individuo abría su maletín, preparaba una jeringuilla y ponía un inyectable intravenoso a la muchacha, sin

moverla de la carretera. Nadie más pasaba por allí, de modo que no nos interrumpieron. Poco después Madeleine empezaba a recobrar el conocimiento.

Se sentó en el asfalto y se llevó una mano a la frente.

Para que no se sorprendiera ante la presencia de aquel desconocido, dije:

—Es el doctor Rochelle. Justamente llegaba ahora.

El médico murmuró:

—Usted se ha desmayado a causa de una impresión muy fuerte, Madeleine. ¿Qué ha sido?

—Nada...

Me sorprendió eso. Me extrañó que la chica no quisiera decir la verdad.

Porque yo sabía lo que la había horrorizado.

La cara reproducida en el cartel del camión. La cara de la adivina llamada *madame* Norma.

El doctor Rochelle musitó:

—¿Puede andar hasta la casa?

—Oh, claro que sí...

—Podría llevarla en mi coche, pero creo que el andar un poco le sentará bien. Vamos.

Vi cómo la tomaba por debajo de los brazos y la acompañaba poco a poco.

Yo me quedé atrás.

No sé por qué lo hice, pero me quedé atrás.

Tenía una maldita y condenada idea.

CAPÍTULO VII

El Circo Legrand ya se había instalado al día siguiente en las afueras de Limoges, y yo acudí a la primera función. Era un circo medianejo, de esos que no tienen éxito en las grandes ciudades y se van defendiendo por las ciudades pequeñas. Unos simpáticos perros amaestrados, unos caballos equilibristas, un par de chicas de trapecio, unos payasos de risa ya oxidada y pare usted de contar. Cuestión aparte era *madame* Norma. Tan anciana —pues ya lo era— tenía mucha habilidad y mucho oficio. Reconozco que algunos de sus trucos para adivinar el pasado de los que le preguntaban cosas, llegaron a impresionarme. Pero no vi en ella nada anormal, nada que pudiera haber asustado a Madeleine. Además, por lo que pude enterarme preguntando aquí y allá, era la primera vez que la adivina ponía los pies en Limoges.

Aquello —es decir el susto de la muchacha— no tenía explicación.

Pero decidí hablar con *madame* Norma.

Me enteré de que ella vivía en una de las *roulottes* instaladas cerca del circo. Paseé por las cercanías, fumando un cigarrillo, mientras hacía tiempo para que ella volviese allí.

Y entonces sucedió aquello.

Aquella cosa en principio inexplicable.

Todo comenzó con un golpe en la nuca. No soy un alfeñique, ni mucho menos, pero, demonios, aquel golpe estuvo muy bien propinado. Era de auténtico profesional. Mis rodillas se doblaron y me encontré comiendo hierba antes de haberme dado cuenta de lo que sucedía.

Entre dos hombres me levantaron.

Yo estaba medio aturdido y aún no había podido reaccionar.

Mientras uno me sujetaba los brazos por detrás, el otro me repasó la cara.

Lo hizo bien, demonios.

Fue castigándome las cejas, la nariz, los labios, como lo hubiera hecho un boxeador profesional y cargado de amor propio.

Hasta que me cansé.

Me cansé y exploté de pronto. Sí, fue una explosión. Como lo único que tenía libre eran las piernas, las moví de repente. El fulano lanzó un grito al tener la sensación de que el diafragma le salía por la boca. Viéndole tan apuradillo, le «ayudé» un poco más propinándole un puntapié al bajo vientre, con toda la mala intención que pude. El tipo se me puso hecho un asco, revolcándose por el suelo. Sólo me quedaba el de atrás, y me desembaracé de él con una contrapesa de brazos. Giré rapidísimamente, antes de que reaccionara, y le aticé dos cortos en el estómago. Si el tío tenía la suerte de hacer buenas digestiones, a partir de aquel momento ya no las haría más. Un ancho a la mandíbula le envió por un buen rato a la región de los sueños.

Estaba libre.

Bueno, eso creía yo.

De pronto me atizaron otra vez en la nuca, ahora con un calcetín lleno de arena bien prieta y bien mojada. Todo mi cerebro retumbó. Era la segunda vez que me daban en aquel sitio, y ya no pude resistirlo. Aunque no llegué a caer, tuve que apoyarme en un árbol, sin fuerzas, sintiendo que el aliento me faltaba. Entonces me golpearon otra vez con el calcetín, pero ahora en la frente. Me encogí, y el tipo a quién había tumbado de un puntapié al bajo vientre empezó a atizarme en el estómago. Lo hacía con una mala saña increíble. Y el del calcetín lleno de arena, mientras tanto, seguía golpeándome en la cabeza, haciendo que el mundo entero diese vueltas en torno mío. Al cabo de unos instantes no pude más. Había tratado de golpear a mis enemigos, pero tenía los ojos llenos de sangre y no podía ver. Caí de rodillas, sintiendo una terrible arcada en el estómago, mientras respiraba afanosamente.

Entonces, con la punta de un pie, me hicieron levantar la cabeza.

Y vi al tipo que me había atizado con el calcetín lleno de arena.

Era el doctor Rochelle.

Los otros dos tenían aspecto de granujas profesionales, alquilados a bajo precio. El médico los apartó de un gesto.

—Voy a hacerle una advertencia, Marlon —dijo—. Una advertencia para que no la olvide nunca.

—¿Sabe... mi nombre?

—Lo he averiguado.

—¿Y cuál es... esa advertencia?

—No se acerque más a Madeleine. No la ensucie con su presencia.

—¿A qué viene... eso?

—No hace falta que le dé explicaciones. Basta con la advertencia. No se acerque más a ella. No quiero ni que pise por dónde ella pisa. Está avisado, Marlon.

Yo no contesté.

Juro por todos mis antepasados que, en vez de contestar, lo que quise hacer fue saltar sobre los pies de aquel tipo, derribarle y partirle la cara. Reuní fuerzas para hacer eso. Pero el medicucho no me dio tiempo.

No sé si sabría curar a la gente, pero atizar puntapiés sí que sabía.

Me dio uno en plena cara que me dejó sin sentido. Caí de costado, con la boca llena de sangre, en aquel paraje desierto más allá del cual sólo estaban las *roulottes* del circo. Mientras tanto, los tres individuos se alejaron.

No sé cuánto tiempo transcurrió.

De pronto noté que alguien se inclinaba sobre mí.

Alcé la vista y pude verle.

Parpadeé confundido.

Era Pierre.

—Le he estado buscando por todas partes, Marlon —dijo—. Le he visto antes entre el público del circo. ¡La de vueltas que he dado esperando encontrarle por ahí!... ¿Pero qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Me puse penosamente en pie y le pedí que me acompañara hasta mi coche (bueno, el «Panhard» alquilado) que no estaba lejos. Una vez sentados los dos allí, musité:

—Me han atizado para que no me acerque a Madeleine, la hermana de Annette.

—¿Pero por qué?

—¿Usted conoce... a un tal doctor Rochelle?

—Lo he oído nombrar. Es un psiquiatra.

—Bueno, pues parece... —me interrumpí para atizarme un trago de *whisky*—. Parece que ahora va a ocuparse de la muchacha. Pero no sólo en el sentido clínico. Debe tener un interés... muy personal.

—No me extraña —dijo Pierre.

Le miré sorprendido.

—¿Qué sabe de todo esto?

—Lo mismo que algunas personas de aquí. Madeleine no conoce a ese hombre, pero él sí que la conoce a ella. O al menos conoce su fortuna. Desde hace una temporada está insistiendo a sus padres para que le permitan atenderla. Supongo que con la intención de influenciarla y terminar logrando que se enamore de él. Al fin lo ha conseguido; quiero decir que ha conseguido la primera parte de su plan, y no es fácil que se vuelva atrás. Por eso eliminará mediante procedimientos sumarásimos a cualquiera que se acerque a la muchacha.

Parpadeé.

—¿Quién le contó eso? ¿Annette?

—Sí.

—Vaya... Pues es toda una historia.

—Debió imaginar ese tipo que usted, al visitar a Madeleine, tenía algún interés sentimental por ella. Y enseguida ha querido resolver la situación a su modo.

—Supongo que ese tipo ya sabe que... muerta Annette... Madeleine es la única heredera... Y que el tipo que se case con ella... pasará a ser dueño de una descomunal fortuna.

—Una de las mayores fortunas de Francia, amigo. Cuando Annette dividía la herencia con su hermana, los bienes a repartir eran enormes, pero ahora que no hay que repartir nada... ¡imagínese! Esa familia no es de las que quieren llamar la atención, pero tienen dinero sólido y largo. Fincas, tierras, cuadros de buena cotización, valores de las principales sociedades industriales de Francia... Una bicoca. Yo no soy pobre, porque ya sabe que los corredores automovilistas nos ganamos la vida decorosamente. Pero al lado de Annette era... era... Bueno, ése era el único obstáculo que había para nuestra boda. En cambio Rochelle debe ver las cosas de un modo distinto. Multiplique la fortuna de Annette por dos y tendrá el resultado del «interés» que ese tipo siente para que nadie

se acerque a la chica.

Pierre guardó silencio, después de esas palabras que me revelaban tantas cosas. Yo me iba sintiendo mejor. Pero me aticé otro trago de *whisky* y luego me sequé la boca con el dorso de la mano.

—Pierre —musité—, lo que usted me acaba de contar es muy importante.

—¿Importante? Bah... Es la eterna historia de la ambición humana. Esas cosas existían ya en tiempos de los primeros reyes de Babilonia. ¿Qué tiene de extraño el que sigan ocurriendo en el siglo xx?

—Lo que me importa es lo que ocurra ahora, Pierre. Me importa las cosas de hoy, no las del pasado. ¿Dice que Rochelle ya perseguía a Madeleine cuando Annette vivía?

—Sí, puesto que fue ella quien me lo contó.

—Pues entonces él pudo haber matado a Annette.

Se sobresaltó.

—¿Para qué? —dijo con un soplo de voz.

—¿Y lo pregunta? La respuesta salta a la vista. Debía tener mucha confianza en conquistar a Madeleine. Y si podía quedarse con doscientos millones, ¿por qué conformarse con cien?

Pierre arqueó una ceja.

—Lo que usted dice es monstruoso, Marlon.

—Quiero ver el sitio donde se estrelló Annette.

—¿Es que cree que...?

—Pienso que no fue un accidente, sino un asesinato.

Movió la cabeza negativamente.

—Se equivoca —dijo—. Fue un accidente. Tomó mal la curva y se metió de cabeza en el cementerio. La policía lo ha investigado todo: huellas de ruedas, sistema de frenado, estado del sistema hidráulico... El coche no tenía fallos. La que falló fue ella.

—¿Entonces usted no cree en un crimen?

—No. Rochelle es inocente. En este sentido es inocente todo el mundo.

—De todos modos, quiero ver aquello.

—Está bien. Le llevaré.

Condujo él mismo, puesto que yo aún no me sentía bien. Dimos la vuelta a la ciudad y volvimos a salir a las afueras, pero por el

otro lado. Enfilamos a poca velocidad la última curva, que bordea el cementerio, antes de entrar en Limoges.

Por allí no había verja.

No sé si la estaban reparando, pero en aquel momento no la había.

Si uno se salía de la curva a gran velocidad, podía irse de cabeza al cementerio. Y eso fue lo ocurrido a Annette. Se estrelló contra un panteón. Pierre me lo mostró a la luz de la luna. Aún se apreciaban los desperfectos causados en la masa de piedra.

—Me he enterado bien de todo esto —me explicó—. Comprenda... Me interesaba mucho. He visto las fotografías y el atestado policial. Fue una noche de espesa niebla... Annette venía en su coche por allí —me señaló la carretera— a buena velocidad. Por lo visto se dio cuenta de que se salía de la curva sólo en los últimos metros. Las huellas del frenado así lo atestiguaron, porque únicamente había huellas de neumáticos ya casi al borde de la carretera. Su coche debió dar un auténtico salto de tigre y fue a estrellarse contra este sitio en que estamos ahora. Si mira usted la curva, comprenderá que era casi forzoso que se estrellara justamente aquí. Annette pudo salvarse caso de llevar cinturón de seguridad. Pero no lo llevaba. Y también pudo salvarse caso de haber tenido mucha suerte. Pero no la tuvo.

Hice un gesto de asentimiento.

—¿Y el coche no tenía fallos?

—No. Ninguno.

—¿Podría verlo?

—Está depositado en un garaje de la policía. Supongo que nos lo dejarán ver, aunque sea tan tarde. Pero antes lávese la cara. Tiene un aspecto poco presentable.

Accedí.

Fuimos a mi habitación, me di una buena ducha y me cambié de ropa. Mientras tanto, Pierre fumaba cigarrillo tras cigarrillo, nerviosamente.

Salimos y fuimos a la gendarmería. El oficial que estaba de servicio aquella noche era simpático y nos acompañó hasta el garaje, que se hallaba muy próximo. Miré el coche en que se había matado Annette...

Era un coche de chica rica. Era un «Mercedes».

Buenos frenos, buena suspensión... y mucha velocidad. Pero yo sólo quería creer en lo que viera por mí mismo. Me acerqué al vehículo y pregunté:

—¿Está tal como lo encontraron?

—Sí, sí... —dijo el oficial—. Después de sacar el cadáver fue remolcado directamente hasta aquí, donde lo examinamos pieza por pieza.

—¿No hubo fallo mecánico?

El oficial me confirmó las palabras de Pierre.

—No, ninguno. Lo hicimos examinar por verdaderos expertos. Los frenos, que es lo fundamental, funcionaban. ¡Vaya si funcionaban! Si usted viera las huellas que los neumáticos dejaron sobre la carretera, se convencería. Simplemente ocurrió que la muchacha no vio la curva porque debía estar distraída; en lugar de virar a la derecha, siguió recto, y como iba a más de ciento veinte, ya no tuvo tiempo de rectificar. Convénzase si quiere.

Me convencí.

Entiendo mucho de coches, porque ya sabe usted que en mi país la gente los abandona cuando se ha cansado un poco de ellos. No hay niño que no haya desmontado ya carburadores y frenos a los cinco años, entre los montones de chatarra. Por eso me considero un experto. Y vi que los frenos estaban perfectos. Los de delante eran a disco, y los de detrás hidráulicos. El clásico recurso de pinchar las gomas del conducto para que el coche no frene, no se había dado allí. Si Annette quiso, pudo frenar. En esas condiciones, no había ni que soñar en un asesinato. Pierre tenía razón.

Pero aún me quedaba una duda a aclarar. Produje un chasquido con los dedos mientras preguntaba:

—Al hacer la autopsia a Annette, ¿vieron si estaba drogada? ¿O si había bebido?

—Eso es lo primero que se mira, amigo. El análisis fue perfecto, y si quiere tenemos las pruebas a su disposición. La víctima ni había bebido ni estaba drogada. Se hallaba en perfecto estado para conducir.

—Entonces no hubo asesinato...

El oficial me miró como se miraría a un loco.

—¿Por qué cree en eso?

—No sé... Era una oscura sensación.

—Pues déjese de oscuras sensaciones. Los técnicos de la Sureté conocen su trabajo. Aquí fue analizado todo. Y lo único que hubo fue un lamentable accidente.

—Casi... casi lo celebro —dije.

Pero no era sincero.

Me hubiera gustado que mi teoría fuese verdad y así poder meterle la zarpa encima al doctor Rochelle.

El gendarme me señaló los faros.

—Y hasta le diré que el accidente tiene una clara explicación técnica —me informó—. El coche no estaba provisto de faros de niebla, y aquella noche no se veía a dos pasos. El servicio meteorológico ya lo había advertido, de modo que circulaba muy poca gente. Sobre no llevar faros de niebla, la chica había dejado que las bombillas de sus faros normales se insumieran un poco. Debí cambiarlas hace tiempo. Alumbraban mal. Fíjese.

Las encendió desde fuera.

Pese a los destrozos tremendos que el coche había sufrido en su parte frontal, uno de los faros funcionaba aún. Y, en efecto, alumbraba bastante mal.

El oficial de gendarmes lo apagó.

Fue como si apagara mis pensamientos. Fue como si diera carpetazo definitivo al asunto.

Pero aun así me acerqué al vehículo.

—¿Puedo desmontar un faro? —pregunté.

—Claro que sí... Hágalo. Pero no sé lo que busca.

Tomé un destornillador de la caja de herramientas y retiré el cristal. Luego extraje la bombilla. La tuve entre los dedos y la miré largamente. En efecto, el filamento parecía ya muy castigado. No era extraño que alumbrase mal. Incluso pudo haberse fundido.

Volví a colocar la bombilla en su sitio, con una simple presión, y atornillé el cristal del faro.

Ya no me quedaba nada para convencerme.

No hubo crimen.

La teoría que por un momento sustenté, y en la que estaba envuelto el doctor Rochelle, se iba al agua.

Di las gracias al oficial de gendarmes y salí de allí en compañía de Pierre.

Yo estaba muy desalentado, pero Pierre no.

¿Seguía creyendo, el muy bruto, que Annette acudiría a la cita aún?

—Prefiero que no haya crimen —dijo suavemente—. Si alguien hubiera matado a Annette yo no podría resistirlo, mientras que así, en cambio, me consuelo pensando que fue el destino. Tampoco me es simpático ese cerdo de Rochelle, ¿pero qué quiere que le haga? ¿Inventar un asesinato que no ha existido?

Yo no me atreví a contestarle.

Sus palabras estaban cargadas de lógica.

Sin embargo...

—Sin embargo —dije—, la cosa no está clara ni mucho menos. Ha desaparecido el cadáver de Annette.

—Ella se ha ido —musitó Pierre, embelesado.

Sentí deseos de abofetearle para quitarle aquella idiotez de la cabeza. Pero hay idioteces que son conmovedoras. Y no me atreví.

—Más bien creo en lo que dice Bernanos —musité.

—¿A qué se refiere?

—A que fue Madeleine la que se llevó el cuerpo.

—Para eso tendría que estar loca...

—Madeleine no está loca, pero está enferma. La han vuelto enferma entre todos. Sus padres se han gastado el dinero sin ton ni son. Se han dejado engañar. Esa pobre muchacha ha estado rodeada desde los diez años por una corte de malditos hijos de zorra que no se han preocupado de ponerla bien, sino de hacer que su enfermedad se alargara para así ir chupando la miel del panal de sus padres millonarios. Tengo la sensación de que esa chica está separada de la salud sólo por una palabra, por una revelación que se lo aclare todo. Si ella supiera DE QUE TIENE MIEDO, podría curarse en cinco minutos. Pero no lo sabe con exactitud. Sólo nota indicios en el fondo de sí misma. Y vive en un constante terror, un terror inconcreto que le impedirá ponerse bien por el resto de su vida. ¡Maldita sea! ¡Si yo pudiera ayudarla...!

Pierre me dio una palmada en la espalda.

—No sé si debe intentarlo —me dijo—. Eso no le gustará al doctor Rochelle.

—¡El doctor Rochelle me importa un bledo! ¡Y le partiré la cara!

—A mí me parecería mucho más razonable denunciarle por lo que ha hecho hoy. Y déjese de monsergas.

—Yo no pido ayuda a nadie, y menos a la policía —gruñí—. Yo soy partidario de la acción directa.

—Un *cow-boy*, ¿eh?

—Piense lo que quiera, Pierre.

—Vamos, hombre, no se ofenda. ¿Quiere un trago?

—Prefiero irme a dormir.

—¿Por qué?

—Está cerrando la niebla.

—Y la niebla no le gusta, ¿verdad?

—No, no me gusta nada.

—Bueno, hombre... Como le parezca. Le deseo al menos una noche tranquila, Marlon.

—Gracias, Pierre. Que descanse.

Le estreché la mano y me encontré de pronto solo en la conocida Place de la Republique. Pero esta noche tenía la sensación de que todo aquello era un paisaje remoto, como si yo acabara de ser catapultado a la Luna. Las luces eran distintas, los relieves de las cosas se habían hecho fantasmales... Tenía que ser la niebla... La niebla... ¡LA NIEBLA!

De pronto tuve una idea y apreté los puños.

Iba a hacer una comprobación.

Seguro que la niebla que ahora lo cubría todo era tan espesa como la de la noche en que se mató Annette. O casi.

Fui a buscar el «Panhard» y lo llevé hasta las puertas del Café du Commerce. Allí estaba, como todas las noches, Soustelle, el mecánico. Tenía un coche arreglado por él mismo, pero que era de los más destartados de la ciudad. Le gustaban los cacharros antiguos.

Sonrió al ver que me acercaba.

—Oiga, Soustelle —dije.

—Hola... ¿qué hay, señor Marlon?

—Quiero que me haga un favor. He visto su viejo trasto ahí fuera.

—No pretenderá comprarlo, ¿eh?... Haría un mal negocio. Le advierto que sólo lo entiendo yo. Para ponerlo en marcha, hace falta ser ingeniero.

—No. Sólo pretendo que me deje por media hora las bombillas de sus faros.

—¿Para qué? Están gastadas. No alumbran nada.

—Por eso mismo. He de hacer una prueba.

—Bueno, bueno... Lléveselas. Pero vuelva, ¿eh? Dentro de media hora le espero. El tiempo de tomar mi última copa de martell.

Le prometí que sí, que volvería.

En realidad no estaba tan seguro.

Con lo que iba a hacer podía matarme. Podía acabar mis días como los había acabado Annette.

Pero no vacilé al cambiar las bombillas viejas por las de mí «Panhard». La niebla, mientras tanto, se había ido espesando tanto que no se veía a dos pasos. Era esa niebla pegajosa que hace al automovilista prudente detenerse y esperar a que se disipe. Pero yo hice todo lo contrario. Me lancé por la carretera general, que forma una curva al llegar al cementerio, y antes de tomarla me puse a cien... ciento veinte... ciento veinticinco... El viejo «Panhard» rugía.

La niebla era ante mí como una pantalla. Como si hubieran puesto una sábana gris delante de mis ojos.

No se veía apenas nada.

Pero puse las luces largas antes de llegar a la curva.

Y la vi.

La vi mal, pero lo suficiente para girar a tiempo. Las ruedas chirriaron, el coche giró bien y yo me encontré de nuevo en el buen camino. No pasó nada.

Frené al volver a la población, y me apoyé en el volante mientras la cabeza me daba vueltas.

Si yo había visto la curva, Annette tuvo que verla también. Incluso a pesar de las bombillas deficientes. Y si yo sabía que la carretera doblaba a la derecha, ella tuvo que saberlo con mayor razón. Demonios, Annette vivía en Limoges. Habría enfilado aquella carretera docenas de veces. El fatal accidente sólo se explicaba por un momento de distracción.

Eso era. Y no hubo crimen. No pudo haberlo de ningún modo.

Decidí olvidarme de aquel asunto y hasta me tomé un par de copas para reafirmar mi decisión, cuando volví al Café du Commerce para reintegrarle a Soustelle las bombillas.

Pero no basta con que uno quiera hacer una cosa para hacerla.

La cabeza me seguía dando vueltas.
Y aquella noche no pude dormir.

CAPÍTULO VIII

Al llegar aquí, ustedes ya se habrán dado cuenta de una cosa: Sólo quedaba por resolver lo de la desaparición del cadáver de Annette. En lo demás no había que resolver nada, porque todo estaba claro.

El lector de novelas policíacas se diferencia de los otros en que es bastante más atento y liga todos los cabos. Y supongo que usted está ahora como yo estaba en aquel momento. Supongo que ya se ha dado cuenta de que no había que darle más vueltas a la muerte de Annette. En cambio la desaparición de su cadáver era otra cosa. Sobre eso sí que valía la pena seguir pensando.

De todos modos ya he dicho que no pude dormir.

Me levanté muy temprano. Debían ser las seis.

Y fui al garaje donde Annette había encerrado el coche antes de salir para su último viaje. Como ella no vivía en la Vieille maison du Bois, encerraba su «Mercedes» en un establecimiento público. Lo primero que noté al entrar allí fueron los sonoros ronquidos del guarda.

Tuve que zarandearle.

—Eh, amigo...

El tipo por poco da un brinco.

—¿Qué... qué pasa?

—Pude haberme llevado todos los coches sin que usted se diera cuenta.

—Cuerno... Pero uno también tiene derecho a echar una cabezadita, ¿no? ¿Qué quiere? ¿Entrar un coche? No podrá. Está completo.

Le puse en la mano un billete de diez francos.

—Lo único que entra aquí es esto. Y en su bolsillo, claro.

—¿Qué pretende?

—Hacerle sólo un par de preguntas. Yo era muy amigo de

Annette.

—Sí... Ahora que recuerdo... Les había visto a veces juntos en una mesa del Café du Commerce.

—Quiero saber si ella sacó de aquí el «Mercedes» la noche en que se mató.

—Sí, desde luego... Lo guardaba en esta casa. Aquella noche vino y me despertó. Yo... Bueno, echaba otra cabezadita. Le dije que era muy tarde y que no saliera con tanta niebla. Pero parecía muy nerviosa.

—¿Por qué?

—No me lo dijo.

—¿Nerviosa en un sentido pesimista o al contrario?

—Demonios, la policía no me preguntó tanto... Yo diría que estaba nerviosa en un sentido optimista. Se la veía ilusionada.

—¿Y no soltó una palabra acerca de eso?

—No.

—¿Observó usted algo raro en el comportamiento del coche?

—¿Qué quiere que observe? Era un «Mercedes» magnífico... Esos coches no tienen fallos. Pero bueno... Sí... Ahora que recuerdo, esa noche observé algo.

Estiré el cuello, prestando súbita atención.

—¿Qué fue?

—Los faros iluminaban muy poco.

—Eso ya lo sabía —dije con desaliento.

—Le pedí que no saliera en esas condiciones, pero ella no me hizo caso. Ya le he dicho que parecía muy ilusionada. También observé otra cosa: Al coche le costó mucho arrancar.

—¿Por qué?

—Batería floja.

—¿Era lógico que un «Mercedes» nuevo tuviera la batería baja?

—No, pero a veces las baterías tienen fugas. Yo sé lo advertí. «Ha de instalar un desconectador, señorita Annette».

—Y después de eso ella salió normalmente...

—Sí.

Me mordí el labio inferior.

—Bueno... Creo que me ha dicho todo lo que tenía que decir, amigo.

—¿No quiere nada más?

—Nada más, gracias.

Y salí yo también.

Intentaba agotar en mi pensamiento hasta las últimas posibilidades, hasta la más remota certidumbre de un crimen.

En primer lugar debía reconocer que hasta a un «Mercedes» nuevo se le puede hacer cisco la batería si uno no sabe cuidarla. Ése podía ser sencillamente el caso de Annette, y por tanto no había crimen que valiera.

Pero mi imaginación fue más lejos.

Quise imaginar que alguien, valiéndose de las distracciones de aquel lirón que el garaje tenía como guarda, hubiera cambiado la batería nueva por otra desgastada, y las bombillas intactas por otras deficientes. Eso podía hacerse en unos minutos. Objetivo: conseguir que ella no tuviese suficiente luz y se estrellara en aquella noche de niebla. Pero eso era ridículo.

Uno no se estrella fácilmente en carreteras que conoce bien. Y además yo mismo había circulado con una luz muy deficiente por el mismo sitio, y vi la curva lo bastante bien como para poder tomarla sin dificultades.

¡Nada, que me estrellaba contra un muro!

La única explicación posible estaba en una distracción de Annette. Si ella estaba nerviosa, eso era doblemente fácil. Y no había crimen.

Convenía que alejara de mi cerebro aquellas malditas ideas.

¡Nada de asesinato, demonios!

Y esta vez lo conseguí. Esta vez quedé tan convencido, después de mi última investigación, que me arranqué aquel maldito pensamiento del fondo de la cabeza.

Quedaba lo otro.

Usted ya sabe.

La desaparición del cadáver de Annette.

Por eso no le extrañará que tomase el «Panhard» y me fuera otra vez a la Vieille maison du Bois. Albergaba en el fondo de mi mismo la secreta esperanza de encontrarme otra vez con las narices del doctor Rochelle. Creo haber dicho ya que he sido boxeador aficionado. Bueno, pues a aquel tipo le haría, como se dice vulgarmente, «una cara nueva».

Pero no tuve suerte.

No lo encontré.

En cambio a la que vi muy cerca de la carretera, paseando por el bosque, a pesar de lo temprano de la hora, fue a Madeleine.

El día era suave y gris. Aún no se había disipado del todo la niebla.

Y la figura de la muchacha, caminando sobre la tierra intacta, sobre el *humus* del bosque, tenía un aire de poesía, de dulzura tal que me dejó embelesado.

Quedé mirándola como un tonto.

Sentía de repente una cosa extraña, una cosa que no había sentido nunca.

Pero cuando ella me distinguió, puse cara de circunstancias y la saludé con una mano.

—Hola, Madeleine.

—¡Buenos días, señor Marlon!

—Veo que recuerda mi nombre.

—¿Y por qué no había de recordarlo? Me fue usted simpático, señor Marlon.

Llegué junto a ella y le estreché la mano. Tenía los dedos tibios como las plumas de un pajarillo recién salido del nido.

¿Por qué tuve aquel brusco deseo de protegerla?

¿Por qué hubiera hecho cualquier cosa por ella, sin pedirle nada a cambio?

Recuerdo aquellos días como los más desinteresados de mi vida.

Yo flotaba en el aire sólo por el hecho de encontrarme ante Madeleine.

—Pasea muy temprano —dije.

—Es costumbre adquirida en las clínicas mentales. En todas me hacían levantarme a las seis.

—¿Ya la ha visto el doctor Rochelle?

—Sí. Estuvimos mucho rato juntos.

No sé por qué, pero me mordí el labio inferior hasta hacerme sangre.

—¿Y... y cómo los oíros? —farfullé.

—¿Qué quiere decir?

—Que si hubo desnudismo y ducha... y... y... todo eso.

Ella desvió la mirada, avergonzada. El hecho de que yo no fuera médico hacía cambiar las cosas. Pero al fin reaccionó y dijo

suavemente:

—No, no fue como los otros. El doctor Rochelle es un hombre muy amable y muy divertido. Me animó mucho porque todo el rato estuvo contándome ocurrencias.

—Vaya... Ocurrente y todo.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, nada... Siga.

—Ya está todo. Cuando él se marchó, me sentía bastante mejor.

—Es que lo único que usted necesita es un poco de comprensión y cariño, Madeleine. Sus padres han creído que pagando clínicas caras se arreglaba todo, y se han equivocado. Pero dejemos eso... Quisiera hacerle una pregunta.

—Claro... Hágala.

—¿Por qué se asustó ayer?

—¿Asustarme? No... no lo sé.

—Recordará que se desmayó.

—Claro que lo recuerdo. Sólo he olvidado las cosas que me ocurrieron antes de los diez años, señor Marlon. Pero no lo que me ocurrió ayer mismo.

—No se ofenda. Sólo le preguntaba que por qué se asustó.

—Pues... pues no lo sé.

—Si piensa que es un secreto, no vacile en contármelo. No soy un policía ni se lo voy a decir a nadie. Además, no veo por qué motivo habría de guardar silencio en una cosa así.

Retorcióse nerviosamente los dedos.

—Le juro que no es ningún secreto, señor Marlon. Si supiera de qué se trata se lo diría. Se lo diría a todo el mundo... ¡Pero es que ignoro por qué me desmayé!

—El camión llevaba un cartel.

—Sí.

—Con el retrato de una mujer vieja a gran tamaño.

—Sí.

—Bueno, pues fue eso. Usted, al verla, puso unos ojos de miedo, unos ojos de indescifrable terror que me impresionaron. Y luego se desmayó.

—Es... es absurdo. Recuerdo aquella cara. Pero yo no conocía a esa mujer.

—Trabaja en un circo —murmuré—. Es adivina. Estuve viéndola

anoche, y le aseguro que su número no tiene nada de especial. Y sobre todo no tiene nada de siniestro. Me pareció una mujer dulce y razonable. No tiene precisamente una cara de las que asustan.

—Lo comprendo.

—Entonces, y si además no la conoce, ¿por qué tuvo miedo?

Volvió a retorcerse los dedos nerviosamente, mientras caminábamos en silencio por un sendero del bosque.

—No lo sé, señor Marlon. ¡Le juro que si lo supiera se lo diría! ¿Pero no han pensado todos que quizá me desmayé por otra causa? Quizá yo me sentía mal. Y quizá aquel camión pasó por casualidad cuando de todos modos yo hubiera caído.

Hice un gesto dubitativo, porque yo no creía en eso. Pero entonces ella lanzó una carcajada.

—Quizá no ha desayunado, señor Marlon. No me estoy comportando como una chica educada.

—La verdad es que no he probado bocado desde anoche.

—Entonces le invito. ¿No quiere desayunar conmigo?

—¡Claro que sí!

Y mientras caminábamos hacia la casa, pensé: «Ojalá vieras esto, maldito Rochelle... ¡Ojalá me estés viendo desde un estercolero!».

Los criados que tenía Madeleine eran viejos, pero resultaban unos cocineros excelentes. Ya saben ustedes que la cocina francesa tiene fama. Bueno, pues ellos resultaron unos artistas de la cocina francesa. No recuerdo haber probado en mi vida un desayuno tan abundante y tan variado. Fue un auténtico banquete.

Al final Madeleine se justificó.

—No como siempre así, claro. Si lo hiciera me habría convertido en una chica gorda. Hoy hemos hecho esto en honor a usted.

Yo pensé que en aquel aspecto ella estaba muy pero que muy en su punto.

Pero tuve la prudencia de no decirlo.

—¿Quiere que le enseñe la casa? —ofreció.

—Con mucho gusto.

—Le parecerá mentira, pero en muchos rincones aún no la conozco bien. Ya habrá visto que la casa es enorme.

—Sí. Lo he visto.

—Antes la tuvimos cerrada durante muchos años. Mi familia posee bastantes casas como ésta, y no podíamos habitarlas todas a

la vez. Además mis padres se resisten a alquilar sus posesiones, por ese de no meter gente extraña en ellas. Yo... yo es la primera vez que vivo aquí, ¿sabe? Y hay algunas habitaciones que aún no he visto.

—Lo comprendo. Deben vivir en media casa y la otra media la tienen cerrada, ¿verdad?

—Más o menos así es.

Me fue enseñando las diversas piezas de la casa. Ésta era sensacional. Había allí tanta riqueza que comprendí muy bien las ambiciones del doctor Rochelle. ¡Demonios, y además aquella suculenta muchacha había hablado de otras casas como ésta! Me di cuenta, por otra parte de que, en efecto, muchas habitaciones no habían sido ocupadas en muchos años, aunque estaban limpias.

Al fin ella murmuró:

—Ya está. Ya lo ha visto todo.

—¿Todo? Queda un pequeño piso arriba.

—Son las buhardillas. No tienen ningún interés.

—Para mí sí. Me encantan las buhardillas.

—Está bien, se las enseñaré.

La muchacha no debía haber subido nunca a aquel piso superior, porque no conocía ni las llaves. Vi que también estaba limpio, señal de que los criados sí que subían y cuidaban de todo aquello. Las buhardillas estaban compuestas de bastantes dormitorios para el numeroso servicio que debió haber en la casa en otra época. Existía además un gran cuarto trastero. Entramos en él.

Vimos lo que suele haber siempre en los cuartos trasteros de las casas viejas y solemnes. Viejos maniqués, montones de antiguas revistas, trajes antiguos que no se sabía a quién pertenecieron, algunos muebles por los que un anticuario hubiera pagado un buen precio...

Yo lo miraba todo con extraordinaria atención.

Presentía que allí podía estar alguna clave, que allí podía haber algo.

Pero no observé nada anormal.

Iba ya a retirarme cuando puse las manos en aquel cuadro colocado del revés y apoyado en una de las paredes. Lo hice simplemente porque pensé que aquello podía tener mucho valor. Lo giré. Lo puse sin darme cuenta de cara a Madeleine.

Y entonces vi su rostro.

Entonces vi que se transfiguraba... QUE SE DILATABA DE HORROR.

Exactamente igual que cuando el camión pasó ante ella.

No pude ni sujetarla. No pude ni lanzar un grito.

Fue ella quien lo lanzó. O más bien una especie de gemido.

Cayó blanda, silenciosamente a tierra, ofreciéndome un espectáculo fascinante, porque, claro, no se pudo ocupar de la posición de su falda.

Pero yo no me fijé en sus piernas.

Que ya es decir.

Corrí hacia ella y la sostuve en mis brazos.

Instantes después se recuperó. Había sido un *shock*, pero bastante breve. Durante varios minutos, y a pesar de que ya había recobrado el conocimiento, la tuve con la cabeza apoyada en mi pecho, captando su respiración afanosa.

Ni qué decir tiene que en ese intervalo miré bien el cuadro. Lo miré cien veces.

Era el retrato de una mujer.

Y también de una mujer anciana (en el sentido relativo que ahora esa palabra tiene), de cabellos blancos y ojos penetrantes, enigmáticos y negros. No era la mujer del camión, desde luego. E incluso diría que no se parecían demasiado. Pero si uno miraba los dos cuadros rápidamente podía pensar que sí, que se trataba de la misma persona.

Ahora, al menos, ya tenía una clave de los terrores de Madeleine.

A ella le daba miedo un determinado tipo de vieja.

Me atreví a hacerle volver la cabeza y mirar el cuadro fijamente.

Ante mi sorpresa, no tembló.

Parecía haber superado el relampagueo de terror que la sacudió al verlo. Ahora ya contemplaba las cosas con más serenidad.

—¿Quién es? —musité.

—No... no lo sé.

—No es la mujer del camión, pero en cierto modo se le parece.

—Por un momento había pensado que era la misma.

—Insisto... ¿quién es?

—No lo recuerdo. Nunca había visto este retrato porque nunca

había entrado aquí.

—Si está en este lugar, puede que sea una pariente suya.

—Es posible, pero no lo recuerdo.

—¿Una tía? ¿Una abuela?

Se llevó las manos a los ojos mientras sollozaba, a punto de sufrir un ataque de nervios:

—¡No lo sé! ¡Dios santo! ¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡No lo sé!...

No quise insistir.

La saqué de allí poco a poco, apoyándola en mis brazos.

Y entonces, en la escalera, nos encontramos con la primera sorpresa. Con la primera de las dos sorpresas que a mí el destino me tenía deparadas aquel día.

CAPÍTULO IX

Uno de los viejos criados subía. Mientras canturreaba una venerable canción que seguramente debió ser inventada en la guerra del 14, iba sacando lustre con su cepillo a un par de zapatos femeninos.

Sonrió al vernos.

Ya no se notaba nada en la cara de Madeleine.

—Señorita —dijo—, estaba sacando brillo a estos zapatos.

—Ah, muy bien...

—Hemos hecho limpieza de uno de sus armarios, y éstos estaban al fondo del todo. Pero me parece que aquí hay algo extraño.

—¿Por qué?

—No son de su número.

Me estremecí.

¿Por qué tuve aquel presentimiento? ¿Por qué me pareció de pronto que ante mis ojos relucía un relámpago de luz negra?

Tendí el brazo derecho.

—Démelo —dije.

Miré el zapato que el otro estaba lustrando. Era negro, de alto tacón, muy elegante. Y yo lo recordaba muy bien. Annette solía llevarlos puestos en el Café du Commerce. ¡Era un zapato de Annette!

Lo devolví lentamente, con una sonrisa.

Ni la menor emoción se traslucía en mi rostro.

—Madeleine se lo debió comprar un poco más grande por si algún día se ponía medias más gruesas —dije—. Muchas gracias...

Y se lo devolví.

Pero al hacerlo mi mano temblaba.

He dicho que aquélla fue la primera de las dos sorpresas y quizá he dicho mal. Tuve otras sorpresas a lo largo del día, pero

relacionadas todas con aquélla. Por ejemplo, cuando el comisario Valerien me mostró las fotografías del estado en que había sido hallado el cuerpo de Annette. Y un par de fotos más del entierro.

No eran agradables de ver, se lo aseguro.

Cuando una chica ha sido tan joven y tan bonita como Annette, no debiera cambiar nunca. Y, sobre todo, no debiera morir nunca, no debería tener aquella cara rígida, terriblemente lejana, que Annette tenía en las fotografías *post mortem*.

Pero, más que fijarme en la cara, yo me fijaba en los zapatos.

En un par de las fotos se veían claramente.

¡Y ERAN LOS MISMOS QUE YO ACABARA DE VER EN CASA DE MADELEINE!

¡Se conocían perfectamente por un broche que tenían al lado izquierdo!

¡Annette había sufrido el accidente con ellos! ¡Y había sido enterrada con ellos también!

Me puse a sudar copiosamente.

Tanto que el comisario murmuró:

—¿Qué le pasa, señor Joyce?

—Na... nada. No me haga caso.

—Está muy alterado...

—No me gusta ver chicas muertas. Eso es todo.

—A mí tampoco. ¿Pero qué se le va a hacer?

Y guardó las fotografías tranquilamente.

Cuando salí de allí, la cabeza me daba vueltas.

¿He dicho ya que Limoges es una ciudad tranquila?

Bueno, pues en eso tuve suerte, porque en mis condiciones yo no hubiera podido soportar, por ejemplo, el tráfico frenético de París. Anduve horas y horas por la ciudad, dando vueltas a la misma, mientras a su vez los pensamientos daban vueltas a mi cerebro.

Sólo podía llegar a una conclusión.

¡MADELEINE HABÍA ROBADO EL CADÁVER DE SU HERMANA!

¿Pero por qué?

¿Y dónde podía tenerlo oculto?

Quizá en el bosque. Quizá en el bosque inmenso que rodeaba la Vieille maison du Bois.

Me estremecí.

Sí, eso tenía que ser.

Pero entonces vino otra de las sorpresas.

Bueno, no sé si debo llamarla así. En realidad fue una cara. No sé si a ustedes les habrá ocurrido alguna vez lo mismo que entonces me estaba ocurriendo a mí. Pero tal vez sí. Y tal vez entonces comprendan mejor lo que a mí me sucedía.

¿Han tenido la sensación de que una cara les persigue durante toda una mañana? ¿De qué la ven aquí y allá, de que se tropiezan varias veces con ella?

En las ciudades pequeñas eso es fácil, porque siempre es la misma gente la que se mueve por los mismos espacios reducidos. A mí me sucedía.

Era una cara de mujer mayor, una cara de mujer ya vieja, con cabellos blancos y profundos ojos negros.

Tuve la sensación de que la había visto varias veces en la ventanilla posterior de un coche que pasó repetidamente cerca de mí. De que luego me había mirado a través de los cristales de un establecimiento.

Y ahora, de pronto, la tuve ante mis ojos.

Era en una de las más viejas calles de Limoges.

Una calle de casas solemnes, tranquilas, sosegadas.

Con esas grandes ventanas tras las que acechan los gatos y miran las viejas.

Fue allí donde la vi.

Me estaba mirando.

Tenía los cabellos blancos, los ojos enigmáticos y negros.

Me pareció la del cuadro de Madeleine. Me pareció también la que había visto retratada en uno de los costados del camión.

Pero no tuve tiempo de comprobar nada.

Los postigos de la ventana se cerraron bruscamente, y yo dejé de ver a la mujer.

Se esfumó como se esfuman los enigmas, como se van los fantasmas.

Bien. La otra gran sorpresa la tuve por la noche, cuando regresaba a mi habitación. Pero antes tuve otra sorpresa que podríamos llamar intermedia.

Entonces no le di demasiada importancia.

Luego la tuvo.

Estaba en el Café du Commerce, bebiendo una copa, cuando vi a Bernanos. Parecía cabizbajo y pensativo. Me acerqué a él.

—Hola, amigo —le dije, tratando de animarme a mí mismo—. Le veo muy preocupado.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

—La verdad es que... no tiene sentido.

Encargué otra copa y se la puse a su alcance. Bernanos trató de sonreír pesarosamente.

—Quizá yo también empiece a sufrir alucinaciones —dijo.

—No tratará de insinuar que... que ha visto a Annette.

—Oh, no... Yo no soy un visionario de esa clase.

—Pues, ¿qué le ocurre?

—En el fondo es una tontería.

—No debe serlo, puesto que le preocupa.

—Ahora se me ha ocurrido pensar que quizá debí decírselo a la policía.

—¿Decirle qué?

Bebió el pastís de un trago y murmuró:

—Usted sabe que no vivo en el mismo cementerio, pero sí muy cerca.

—Lo sé, desde luego.

—Bueno, pues la noche en que se mató Annette... puede decirse que yo vi los faros de su coche. Eran muy débiles. No podían apenas atravesar la niebla.

—Lo sé.

—Lo que quería decirle es esto: También me pareció ver algo más...

—¿Otro coche?

—No. Un relampagueo. Como si otro faro se encendiera y se apagara.

—¿Detrás de ella?

—Sí.

—Entonces era otro automóvil...

—No, no... No se trataba de un faro. El parpadeo provino de una luz mucho más intensa y que salía de un sitio más pequeño. «Tic, tac». Ya está. Y de pronto el estrépito. La muchacha se había estrellado.

Bebí otra copa. Estaba tan confuso que no entendía nada de todo aquello. ¿Un parpadeo de luz? ¿Y qué? ¿Qué demonios significaba?

—No me haga caso —musitó Bernanos, como si adivinara mis pensamientos.

—Es que no tiene demasiado sentido, la verdad. ¿Sabe qué pienso? Que quizá se encendieron accidentalmente las luces blancas de la marcha atrás del «Mercedes» de Annette, y usted vio una de ellas.

—Tampoco estoy seguro, porque me pareció que era una luz que iba hacia adelante... Pero olvídelo, no me haga caso.

—La policía ha archivado el asunto —susurré.

—Claro... ¿Qué va a hacer, puesto que no hubo crimen?

—Es cierto.

Bebí otro trago y musité:

—De todos modos haremos una cosa, Bernanos.

—Diga.

—A la hora en que más o menos sucedió aquello, yo iré a verle. Nos encontraremos en un lugar desde el que se domine bien la carretera.

—El mejor es el panteón contra el que se estrelló Annette.

—De acuerdo. Pues nos encontraremos allí.

—¿Con qué objeto?

—Verá... Usted me señala exactamente el sitio en que le pareció ver esa luz. Y yo me situaré allí y haré diversas pruebas, desde las luces de marcha atrás de un coche, hasta el haz de una linterna. Cuando usted crea reconocer la luz, me dice: «¡Ésa fue!». Y quizá averigüemos algo.

Bernanos se mostró conforme.

Tuve la sensación de que le quitaba un peso de encima al acompañarle en aquella duda.

Y así aguardé a la noche.

Pero alguien más la aguardaba también.

Con una idea bien distinta.

La bala voló hasta mi cabeza, cuando ya habían cerrado del todo sus sombras de la noche y cuando yo me disponía a ir hacia el cementerio. No sé ni cómo me salvé. Fue una pura casualidad, una de esas cosas que sólo suceden una vez en la vida. Di un leve traspiés, giré la cabeza y entonces la bala vino hacia mí. Solamente

me rozó el parietal. Sentí como un pinchazo y entonces, simultáneamente, oí el ruido.

Me dejé caer fulminantemente a tierra, mientras me llevaba la mano a la cabeza.

Entonces llegó la segunda bala.

Pero ésta no fue peligrosa, porque yo ya estaba prevenido, y me había cambiado de sitio. En Vietnam no gané dinero, pero adquirí experiencia. La primera bala pudo haberme matado. La segunda pasó, en cambio, ridículamente alta.

Identifiqué enseguida los dos estampidos.

Eran de revólver pesado, calibre 45.

Mis dedos habían recogido unas gotitas de sangre, pero me di cuenta enseguida de que mi herida no tenía importancia. Gateé hasta llegar a mi automóvil, que estaba en una calle tranquila y silenciosa. No se veía a nadie. Y tampoco volvieron a disparar.

Tendido en el suelo, reflexioné unos momentos.

El que había hecho aquello sabía que yo iba a salir a aquella hora. ¿Quién?

¡Bernanos!

¡Su historia y la consiguiente cita podían haber sido un truco para atraerme a una trampa!

Claro que mejor pudo tendérmela en el mismo cementerio.

Pero cada uno tiene su sistema. Y Bernanos pudo preferir no matarme en el cementerio para que así no le relacionaran con el crimen.

De todos modos resolví acudir a la cita.

Aunque no llevaba armas, lo hice.

Quería llevar aquel asunto hasta el final.

Llegué a la curva en que se había matado Annette, estacioné el coche en un lugar donde no pudiera provocar accidentes y descendí hasta el cementerio. Esta noche no había niebla. Por el contrario, brillaba la luna y relucían las estrellas. Naturalmente, y como ya esperaba, no encontré a Bernanos en el panteón donde habíamos quedado citados.

Sonreí tristemente.

La trampa era demasiado burda.

Ahora intentaría cazarme otra vez, sin duda. Por eso debía andar con cuidado.

Ya me estaba arriesgando excesivamente.

Con las espaldas pegadas al panteón, avancé poco a poco.

Contenía incluso la respiración.

Mis nervios estaban tensos. Mis músculos dispuestos a saltar.

El silencio que me rodeaba, hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Avancé agazapado hacia una lápida.

No sabía bien adónde iba, porque ignoraba dónde demonios estaba mi enemigo. Pero que me cociesen vivo si yo no pensaba registrar todo el cementerio.

De pronto me pareció escuchar aquella respiración detrás de mí.

Fue instantáneo.

Giré sobre mí mismo, empleando la táctica que había visto usar a los comandos, mientras alzaba las piernas hacia el enemigo que me atacaba por detrás. Choqué con algo. Al mirar me di cuenta de que acababa de enviar por los aires un largo cuchillo.

No pude distinguir a la persona que lo empuñaba.

Había allí una maraña de cruces, de lápidas, de símbolos mortuorios. Pero no hacía falta mucha imaginación para comprender que aquel cuchillo iba destinado a mi espalda.

Percibí confusamente unos pasos que se alejaban.

Y nada más.

El silencio más angustioso, más obsesionante, volvió a envolverme.

Habían tratado de matarme por segunda vez y por segunda vez habían fracasado. Pero yo imaginaba que la cosa no terminaría aquí.

Corrí en la dirección en que acababan de sonar los pasos.

Tenía que ser Bernanos.

¡Y yo tenía que cazarle!

Ahora empuñaba el cuchillo con el que habían tratado de matarme a mí, y que yo no había mirado siquiera. Por lo menos era una buena arma. Di un par de vueltas hasta que, en mitad de aquel laberinto, me sentí perdido.

Miré en torno mío, desorientado.

No conocía el cementerio, y por tanto era inútil seguir dando vueltas.

Fue entonces cuando oí aquel crujido.

Aquel crujido metálico...

«Ris, ras... Ris, ras...». Era algo que se metía en la cabeza de uno, hasta obsesionarle. Parecía como si aquélla fuera la voz del cementerio, la mismísima voz de la muerte.

Sonaba a mi izquierda.

Miré allí.

Y entonces pude verlo. Lo que producía aquel ruido era la puerta de un panteón. Era de chapa delgada y pesaba poco. El viento la hacía moverse levemente. Las bisagras crujían.

No era lógico que un panteón estuviese abierto.

Y aunque aquello podía ser otra miserable trampa, fui hacia allí.

Entré.

Recordaré toda mi vida aquello.

Recordaré la luz de la luna.

El brillo de las estrellas en lo alto.

Y el ataúd abierto.

Aquel ataúd del que habían retirado, lanzándolo al suelo, el viejo cadáver, la vieja momia que lo ocupó en otro tiempo.

Y en su lugar habían colocado un cadáver fresco.

El de Bernanos.

Con una atroz cuchillada que le segaba el cuello de parte a parte.

CAPÍTULO X

Ya había quedado petrificado varias veces desde que se me ocurrió poner los pies en Limoges. Pero en esta ocasión fue peor aún. Ahora tenía la sensación de que no corría sangre por mis venas.

Miraba como obsesionado el cuerpo de Bernanos.

Le habían matado pocos minutos antes, asestándole la cuchillada por la espalda, del modo que en la guerra se liquida a los centinelas enemigos. Dudo mucho que se diera cuenta de que moría. En sus ojos aún abiertos no había una expresión de dolor, sino de terrible sorpresa.

El asunto era feo, muy feo para mí.

Porque además me di cuenta de una cosa.

El cuchillo con el que le habían matado... ¡era el mismo que yo empuñaba en mi mano derecha!

Pareció como si me recorriera una descarga eléctrica.

Lo solté de pronto.

Y entonces oí unos pasos muy cerca, en el interior del cementerio.

¡PASOS QUE SE ALEJABAN!

Salí, dando un salto, porque ahora no quería perder la ocasión. Y en ese momento pude verla... Se movía entre el laberinto de lápidas y la luz era incierta, pero pude verla bien.

Lancé un grito de brutal sorpresa.

¡Porque se trataba de Madeleine!

¡MADELEINE! ¡ERA ELLA!

Corrí hacia allí como un loco.

Soy incapaz de decir lo que pensaba en aquellos terribles momentos. Las sienes me zumbaban, mi cerebro estaba embotado. Creo que actué únicamente por instinto.

Creí que podría alcanzar fácilmente a Madeleine.

Pero me equivoqué.

Me sentía horrorizado.

Pero unos instantes más tarde la vi de nuevo. Estaba saliendo por una puertecilla lateral. Yo salté de nuevo con la esperanza de alcanzarla.

Tampoco pude conseguirlo antes de que llegara a su coche.

La muy condenada tenía un «Jaguar» descapotable que era mucho más caro aún que el «Mercedes» de su hermana muerta. No tuvo que molestarse ni en abrir la portezuela. Saltó con la mayor agilidad y quedó sentada ante el volante. Dio vuelta a la llave de contacto y arrancó.

En ese momento yo ponía las manos sobre el coche.

Pero nadie puede detener a un bólido.

Casi fui arrastrado.

Tuve que soltarme, porque de lo contrario quizá aquélla hubiera sido la última aventura de mi vida.

Quedé en el suelo viendo cómo las luces piloto se perdían en la noche.

Pero no quise cejar.

Ahora que creía estar sobre el buen camino —aunque éste fuera un camino maldito— no iba a apartarme de él.

Corrí de nuevo, ahora en dirección contraria, hasta llegar a mi coche.

El «Panhard» no puede compararse con el «Jaguar», desde luego, pero tampoco es manco.

Di gas a fondo. Afortunadamente la muchacha había seguido por la carretera general, y si no se desviaba tal vez podría darle alcance. No creo haber corrido nunca tanto como entonces. Gracias a que la noche era clara no me maté esta vez.

Llegué así hasta las posesiones de la Vieille maison du Bois.

El bosque, a la derecha, era espeso y sombrío como un bosque germánico. La luna arrancaba a todo, destellos espectrales. Yo sentía un no sé qué clavado en el alma, una desazón que no me dejaba vivir.

¿Era miedo?

No podría explicarlo.

Pero, de pronto, mis nervios sufrieron una sacudida.

Había visto el «Jaguar» a la entrada del bosque. Sus luces estaban apagadas. La luz de la luna hizo rebrillar fugazmente su pintura clara.

Frené y salté del «Panhard».

Quizá Madeleine había hecho aquello para despistarme, cambiando de coche allí. Pero me puse a buscarla. Aunque sabía que el bosque era inmenso, me lancé por entre los árboles, corriendo otra vez como un loco.

Confieso que me sorprendió el ver que Madeleine no había huido.

Estaba allí, quieta, apoyada en un árbol. Tenía la cabeza hundida sobre el pecho y parecía derrumbada, replegada en sí misma.

La encontré por casualidad. En realidad, casi tropecé con ella.

Mis manos se cerraron sobre su cuello.

No sé lo que me ocurría, pero era como si una especie de fiera hubiese nacido dentro de mí.

La zarandéé brutalmente.

Ella no intentó defenderse. Y por unos momentos fui incapaz de decir una palabra.

—¡Estás loca! —grité de pronto—. ¡Eres una maldita y repugnante loca! ¡Si robaste el cadáver de tu hermana, no tenías por qué llevar las cosas tan lejos! Bernanos sospechaba de ti, ¿verdad? Y por eso lo has matado. ¡Por eso lo has matado, puerca!

Ella tampoco intentaba defenderse.

No despegó los labios para contestar.

—¡Las locas como tú tendrían que estar encerradas! —grité—. ¡Encerradas toda la vida!

Ella se llevó entonces las manos a la boca, mientras gritaba desesperadamente:

—¡No! ¡Loca, no! ¡No! ¡Noooo!

Aquello fue para mí la prueba de que efectivamente lo estaba.

Y me faltó la caridad. No tuve en cuenta que era una enferma. Bruscamente sentí una rabia enorme, una rabia que no conseguía, dominar.

Mi brazo derecho salió disparado.

Di de lleno en la boca de Madeleine, que cayó fulminada hacia atrás. En sus labios partidos apareció la sangre. Mis nudillos

también quedaron manchados de rojo.

Me los miré poco a poco.

Como si no fueran míos.

Me parecía increíble que yo hubiera hecho aquello, que yo hubiera podido pegar a una mujer de aquella forma.

Pero mi rabia no cesó.

Me incliné y sujeté a Madeleine por el vestido. La continué sacudiendo.

—¡Maldita! —grité—. ¡Maldita! ¡Maldita!

Su rostro casi chocaba con el mío.

Sus labios estaban cerca, muy cerca.

Y de pronto, sentí aquello.

Aquella especie de frenesí, de locura. Pero esta vez era una locura distinta.

No sé cómo, me encontré besándola. Los dos rodamos por el sendero del bosque. La besé como un obsesionado, como un vampiro, bajo la luz espectral de la luna.

Ella estaba quieta.

Parecía sorprendida ante aquella especie de ataque.

Pero luego sus brazos se alzaron poco a poco. Sus brazos me rodearon el cuello, mientras no sólo se dejaba besar, sino que besaba a su vez.

No sé cuánto duró aquello.

No sé cuántas veces se unieron nuestras bocas.

Pero no pasó nada más porque la cordura pareció imponerse en los dos. De pronto nos encontramos sentados, cada uno con las espaldas apoyadas en un árbol, mirándonos fijamente.

Madeleine bisbiseó:

—No es lo que crees, Marlon.

—Entonces —¿qué explicación das a esto?

—Una muy sencilla.

—Vamos, dala.

—He ido al cementerio docenas de veces. Quizá centenares de veces. Y siempre de noche. Hoy no he hecho más que repetir un paseo que vengo dando desde que era niña.

Parpadeó sorprendido.

—Tú no estás bien de la azotea, Madeleine —dijo cruelmente.

—¿Por qué?

—Eso de pasear por los cementerios no... no se hace.

—Lo mío tiene una explicación —susurró Madeleine.

—¿Cuál?

—De niña era muy miedosa. Terriblemente miedosa. Todas las noches sufría pesadillas y no dejaba vivir a mis padres. Éstos decían que nunca haría nada bueno; casi se avergonzaban de mí.

—Lo comprendo bastante bien. Sigue.

—Entonces tomé una decisión. No quería que se burlaran, que se avergonzaran de mí. Entonces vivíamos en París, ¿sabes? Muy cerca del cementerio de Montmartre. Y me acostumbré a ir todas las noches allí.

Con un soplo de voz susurré:

—Es admirable...

Y era absolutamente sincero. Con franqueza, el que una niña tomara una decisión de aquella clase y fuera capaz de llevarla adelante, me parecía lo más asombroso y digno de admiración que había escuchado en mi vida.

—De ese modo me quité el miedo —susurró Madeleine—. Perdí el respeto a los cementerios de tal modo que luego encontré a faltar aquellos paseos nocturnos. Y los he continuado en todas las ciudades donde hemos visitado, aunque con largos intervalos, claro: los intervalos que pasé en las casas de salud.

Un pensamiento me sacudió entonces. La apunté bruscamente con el dedo.

—¿Hacías eso antes de los diez años, Madeleine?

—Sí.

—Pues entonces... ¿entonces recuerdas cosas de antes de esa edad!

—No. Eso es lo único —dijo ella, con un movimiento pesaroso. No puedo recordar absolutamente nada más. Ni tampoco sé por qué luego estuve varios años sin volver a los cementerios.

Hice un gesto de desaliento. Mi esfuerzo por desvelar el secreto de la vida de aquella mujer había resultado fallido.

—Y esta noche, ¿qué hacías? —musité, volviendo a la realidad.

—Di un paseo... como otras veces.

—¿Y por qué has huido?

—Te he visto con un cuchillo y... y he tenido miedo.

Comprendí que ella podía tener razón. Quizá mi aspecto no era

nada tranquilizador en el cementerio. No recordaba en qué momento había soltado el cuchillo. Ella, por supuesto, tuvo oportunidad de verme antes de que lo hiciese.

Noté que en sus ojos brillaban dos lágrimas.

—Eso fue todo lo que hice —musitó—. Te lo juro... Eso fue todo lo que hice...

Tendí los brazos hacia ella y la atraje poco a poco.

Era como una cosa dulce, suave.

Era como una obsesión maravillosa.

—Te creo —susurré mientras volvía a besarla—. Te creo, Madeleine...

CAPÍTULO XI

Como ustedes habrán adivinado, mi situación ante la policía no era lo que se dice lisonjera.

Había quedado citado con Bernanos, el muerto. Eso podía haberlo oído bastante gente, mientras estábamos en el Café du Commerce. En el cuchillo que lo mató estaban mis huellas digitales. La policía no tendría indicios, seguramente, de la presencia en el cementerio de otra persona que no fuera yo.

Aparte de Madeleine, claro.

Pero me propuse dejar absolutamente al margen a la muchacha.

Por eso aquella misma noche me presenté en la gendarmería y di cuenta de lo que había sucedido. Para nada mencioné a Madeleine. La explicación que di por mi carrera hasta la Vieille maison du Bois (pensando que alguien pudiera haberme visto) fue que necesitaba desfogar mis nervios después de la terrible escena vivida, y rodé a gran velocidad sin saber adónde, hasta tener la sensación de que estaba muy lejos de Limoges.

En la gendarmería me escucharon atentamente.

Pero ¿necesito decir que se me quedaron detenido?

Estuve veinticuatro horas incomunicado, mientras docenas de polizontes debían repasar el cementerio de cabo a rabo. Eso de la paz de los muertos es un cuento chino, ¿sabe usted? Total, que al cabo de ese tiempo vino a verme un comisario que creo que se llamaba Duclos.

—Voy a explicarle unas cuantas cosas —dijo, mientras se sentaba en la propia litera de mi celda—. La primera de ellas, y que le tranquilizará mucho, es que no creemos que usted matara a Bernanos. El sepulturero fue asesinado por alguien que tiene los pies más pequeños que los suyos. Hemos encontrado las huellas muy claramente marcadas en el sitio en que lo acuchillaron por la espalda. Los pies de Bernanos se movieron en los espasmos de la

agonía; los de su asesino, en cambio, estuvieron muy fijos.

—¿Era un hombre? —musité.

—Sí.

Eso me tranquilizó, porque dejaba fuera de juego a Madeleine.

—Pude haberme cambiado de zapatos —dije—. Por ejemplo, ponerme aquella noche unos que me vinieran estrechos.

—Hemos comprobado eso. Todas sus prendas, y en especial los zapatos, han sido catalogados ya, por si no lo sabía.

—Reconozco que eso me tranquiliza. Son las mejores noticias que podían darme. Y dígame: ¿no han encontrado otras huellas?

Seguía pensando en Madeleine, a la que no quería que envolviesen en aquello.

—Sí, hemos encontrado muchas. Entre otras, las de usted. Pero existen tantas, que nos servirán de bien poco.

Me froté las manos nerviosamente.

—Algo más, comisario... Teniendo más o menos las medidas de los zapatos, ¿no pueden dar con el asesino?

El policía rió, pero sin ganas.

—No se fije usted demasiado en las películas americanas, amigo. Cuando logremos concretar las sospechas sobre dos o tres personas, ese dato nos servirá de mucho. Pero ahora es una pista más. No podemos revisar los zapatos de toda la población de Limoges. E incluso hay que admitir la posibilidad de que el asesino sea forastero.

—Es cierto —reconocí.

—En fin, lo más importante para usted es esto: va a quedar en libertad. Pero tiene rigurosamente prohibido, de momento, alejarse del partido judicial de Limoges. Y estará a la disposición de la policía para cualquier clase de interrogatorio a que queramos someterle.

—De acuerdo, comisario —dije—. Lo comprendo muy bien. Pero ahora voy a hacer una cosa que no me gusta.

—¿Qué es?

—Acusar a alguien. La verdad, hacer eso me da un puntapié en los riñones. Pero las cosas han llegado a un extremo en que no queda ya otro remedio.

Duclos me miró con interés.

—¿A quién acusa?

—Al doctor Rochelle.

—Diantre... Él es una persona muy bien considerada aquí. ¿Por qué hace eso?

Le expliqué los motivos que tenía para sospechar de él. Le conté que en mi fuero interno lo había considerado el asesino de Annette. Le di cuenta de todas las comprobaciones que había hecho con las luces de los automóviles. Le puse al corriente de los motivos que Rochelle podía tener para querer hacerse con una fortuna como la de Madeleine. En fin, con Duclos fui absolutamente sincero.

Él me escuchaba atentamente.

Y al final farfulló:

—Muy interesante, diablo, muy interesante... De modo que Rochelle contrató incluso a unos matones... ¿Quiere usted presentar una denuncia por eso?

—No. Cuando le ajuste las cuentas, se las ajustaré yo solo.

—Entonces procure que la ley no se entere.

—Tendré en cuenta su consejo, comisario.

—Otra cosa. Sus razonamientos son lógicos hasta cierto punto, porque ya está archicomprobado que no hubo crimen en el caso de Annette. Pero la lógica se rompe cuando usted llega al asesinato de Bernanos. Vamos a ver: Rochelle pudo tener (en teoría) interés en que Annette muriera. Pero ¿y Bernanos? ¿Por qué iba a querer matar a un simple guardián del cementerio?

—Pues... Bueno, reconozco que aquí la lógica se rompe, pero puede haber una explicación.

—¿Cuál?

—Bernanos iba a explicarme un detalle que observó la noche de la muerte de Annette.

—Sí, ese parpadeo de luz del que usted acaba de hablarme. ¿Y qué?

—Puede ser importante. Y si Rochelle fue el asesino de Annette, silenció a Bernanos antes de que hablara.

—¿Cómo sabría él que Bernanos iba a decirle eso?

—¡Por el amor de Dios! Medio Café du Commerce se enteró del lugar, de la hora y del motivo de la cita.

—¿De modo que usted cree que Rochelle tuvo miedo de ir a la guillotina a causa de un parpadeo de luz y llevó las cosas hasta el extremo de un segundo asesinato?

—Reconozco que, vista así, la cosa tiene poca consistencia, pero...

—No es que tenga poca consistencia, amigo. Es que no tiene ninguna. Querer presentar como prueba de un crimen un parpadeo de luz, si es que existió, es la cosa más delirante que he escuchado en mi vida. Incluso si ese parpadeo de luz se hubiera producido frente al coche de Annette, podríamos suponer —y ya es mucho— que alguien la deslumbró con su linterna en la curva, para provocar el accidente. Pero según usted dice, se produjo cuando el coche ya había pasado.

—Sí. Eso fue... lo que... me contó Bernanos.

Y de pronto, creí dar con la explicación.

—¡La deslumbraron haciendo que la luz se reflejara en el espejo retrovisor! —grité.

Pero Duclos, que era un tipo cachazudo y seguro de sí mismo, movió la cabeza negativamente.

—No, amigo, tampoco fue eso. Nosotros lo comprobamos todo. Y si usted mismo quiere ver ahora el «Mercedes», observará que el espejo retrovisor es antideslumbrante. De modo que por ahí nada.

Incliné la cabeza. El castillo de naipes que había montado otra vez sobre el crimen que nunca existió, se derrumbaba de nuevo estrepitosamente.

—Le diré lo que pasa —musitó Duclos—. Usted tiene rabia a Rochelle porque los dos están enamorados de la misma mujer.

—Bueno... Y él me tiene rabia a mí.

—De momento no lo demuestra.

—¿Qué quiere decir?

—Rochelle debe estar arrepentido de haber contratado a aquellos matones, ¿sabe? El caso fue que se presentó ante el juez. Y dijo que si usted necesitaba una fianza para salir, él la depositaba.

—¿Quéeee?

—No es tan mal enemigo como parece.

—¡Eso prueba que es culpable! ¡Lo hizo para procurarse una coartada!

Duclos se puso en pie y me tendió un documento doblado.

—Basta de sandeces, amigo. Ya veo que cuando la gente se enamora pierde la cabeza. Mire, aquí tiene su orden de libertad. Ya ha dejado de ser un huésped mantenido por la República francesa,

de modo que... ¡largo!

Hice una mueca y me largué.

Nada tenía que hacer allí.

Ni fuera tampoco, si voy a ser sincero.

Salí con la cabeza hecha un bombo y más convencido que nunca de que Madeleine tal vez estaba loca, pero de que yo acabaría mucho peor que ella.

CAPÍTULO XII

El «Panhard» me esperaba en la calle, frente a la gendarmería, tal como lo dejé la noche en que fui a prestar declaración y como recompensa me detuvieron.

Era igual que un perro fiel. Pero resultaba caro.

Mientras yo no dijese nada, el arrendamiento seguía corriendo. Y yo pagando.

Me senté al volante y arranqué a poca velocidad. Sentía unos enormes deseos de ser libre otra vez, de respirar el aire puro. Enfilé a buena marcha la carretera y me dirigí hacia la Vieille maison du Bois.

Resultaba inevitable que me dirigiese allí.

Aquello era como un imán, que me atraía.

Pero no llegué.

Un «Citroën ID 21», saliendo bruscamente de un camino vecinal a la derecha, me cortó el paso. Estuvo a punto de provocar un accidente mortal. Yo pude frenar por centímetros.

Pero necesitaba maniobrar para seguir adelante.

No lo hice. Salté del «Panhard» mientras gritaba:

—¡Bueno, amigo! ¡Si quiere suicidarse hágalo solo! ¡Yo no tengo maldito interés en hacerle compañía!

El tipo que iba al volante, un moreno con aspecto de argelino, rió.

Fue entonces cuando me di cuenta de que aquello era una cochina trampa.

El que se había acercado por mi espalda me atizó otra vez en la nuca, y también con un calcetín lleno de arena mojada. Me derrumbé mientras lanzaba una maldición.

Noté que al menos dos hombres me arrastraban por los pies, hasta esconderme en el cercano bosquecillo.

Me soltaron y me volví, con las facciones tan rojas como la

sangre.

Ya, pueden ustedes imaginar quién era. Era Rochelle.

El muy condenado hijo de su papá y de su mamá.

Esta vez también había contratado dos matones, pero más en serio. Noté que el argelino del «Citroën» venía también, después de haber apartado los coches. En la derecha llevaba una constelación de anillos con piedras talladas en filo, de las que le deshacen la cara a uno.

Lo único que le dije a Rochelle fue:

—¿Por qué?

—Ya lo sabes. No necesito explicarte lo que te dije otra vez. Te pedí que no te acercaras a esa muchacha. Y tú, maldito perro, has vuelto.

—Sí. Pero tú, en cambio, has hecho una cosa que yo no entiendo.

—¿Cuál?

—Decir que querías prestar una fianza para que me pusieran en libertad.

—Es cierto. Pero afortunadamente no hizo falta —masculló él.

—¿Por qué lo hiciste?

—La razón es sencillísima, amigo: porque dentro de la cárcel no podía matarte, y aquí sí. Vamos a dejarte destrozado de tal manera que no volverás a acercarte a una mujer en todos los malditos días de tu vida. La otra vez fue un simple aviso. En cambio, ahora.

Y disparó su zapato derecho.

Quería cazarme de lleno en la cara.

Quería ser él quien diera el primer tortazo.

Pero yo ya estaba atento, y dispuesto a jugármelo todo a una carta. Mis manos volaron cuando se movía su pierna. Le sujeté por el tobillo, frenando su golpe, le torcí el pie y le obligué a contorsionar violentamente todo el cuerpo.

Consecuencia: Se encontró en el suelo.

Lanzó un gruñido y masculló:

—¡Matadlo!

Los dos hampones se acercaron a mí. Oí que rechinaban los dientes del argelino.

—¡Te desharé la cara! —gritó—. ¡Te desharé la cara de tal forma que nunca más volverás a mirar a una mujer!

—Tú ya ni necesitas eso —dije—. Tú ya la tienes deshecha.

El buitre me largó un directo con su mano cargada de anillos. Yo no esperé a recibir la caricia. Me incliné y bruscamente aparecí bajo él, concretamente debajo de su brazo extendido. Lo sujeté por la axila, me lo cargué como un fardo a la espalda y lo envié contra el otro tipo, que también arremetía como un toro.

Los dos rodaron por el suelo.

Rochelle, mientras tanto, se había recuperado, poniéndose en pie.

Pero fue peor para él.

Ahora fui yo quien disparó la pierna. Le acaricié el bajo vientre, que era justo lo que le quería acariciar, y el tipo empezó a moverse de arriba abajo como una perforadora. Mientras tanto, el argelino volvía al ataque.

Seguro que disponía de pistola y cuchillo, pero Rochelle debía haber exigido a aquellos granujas que usaran los puños solamente.

Vi sus dos ojos africanos. Instantes después sólo vi uno.

Le había cazado bien.

Con un ojo hundido —el que acababa de recibir mi puñetazo—, el fulano se largó hacia atrás. Su compañero, mientras tanto, había tratado de situarse a mi espalda.

No le sirvió.

Ahora yo estaba atento a todo. Sólo disponía de una carta y quería jugarla bien. Por eso mismo era doblemente peligroso para aquellos buitres.

Me volví de pronto, llevando los dos puños por delante, en forma de molinete. Mi enemigo chocó materialmente con ellos y cayó hacia atrás. Oí un grito de dolor.

Convencidos de su superioridad, no habían tomado ninguna precaución. Pero supuse que de ahora en adelante obrarían con más astucia al atacarme, y, por tanto, las cosas se pondrían peor para mí.

Por tanto, no les dejé tiempo.

Resolví atacar.

Propiné un salvaje puntapié en el estómago al argelino, que se dobló escupiendo sangre. Su compañero, que debía ser un matón barato, decidió que a él le pagaban para dar, no para recibir. Y se largó mientras lanzaba una sarta de maldiciones.

Rochelle estaba prácticamente solo.

Seguía vibrando como una perforadora, pero ahora ya perdía gas.

Yo le di ánimos de nuevo.

Los dos puñetazos seguidos en la mandíbula lo derribaron estrepitosamente. Lo levanté por las solapas, lo abofeteé tres veces y luego le escupí en las narices.

Rochelle estaba hecho un trapo.

Cayó al suelo gimoteando, mientras pedía al argelino, por su madre, que me matara con la pistola.

Pero el argelino no se movió. Quién sabe si no tenía siquiera permiso de residencia en Francia. Debió pensar que un juego en el que intervinieran las balas era demasiado peligroso para él.

Volví la espalda con desprecio.

Cualquiera que me hubiese visto habría pensado: «¡Qué valiente es ese tío!».

Pero estaba muerto de miedo. Un miedo que cualquiera hubiese tenido. El de que, a pesar de todo, me metieran un plomo por la espalda, en la columna vertebral.

Nada sucedió.

Salí a la carretera y llegué a mi coche. Monté en él, arranqué e hice un rasguño intencionado al «Citroën ID».

A pesar de haberle vencido, nunca había sentido tanto odio hacia un hombre. Odiaba con toda mi alma a Rochelle.

Lo único que lamentaba era lo que seguramente había lamentado ya él: que teniendo la policía encima, resultaba demasiado peligroso andar a tiros.

Algo me distrajo de tales pensamientos, sin embargo.

Fue algo muy sencillo, pero que tuvo la extraña virtud de dejarme incluso sin respiración.

Porque un «Renault 16» conducido por un chófer, se cruzó conmigo, yendo en dirección opuesta. Y la mujer que iba detrás le miró a través de la ventanilla.

Fue algo muy fugaz, fue como un relampagueo.

¿Dónde infiernos había visto yo antes a aquella vieja?

¿No era la misma que me pareció tropezar dos veces en Limoges? ¿La que incluso me miró desde una ventana cuyos postigos se cerraron luego?

Sí, tal vez sí.

Pero de pronto decidí no pensar en ello. Al fin y al cabo no tenía ninguna importancia.

Y lanzando maldiciones, puse mi coche a ciento veinte por hora.

CAPÍTULO XIII

Esta vez el viejo criado me hizo pasar directamente a la sala donde se encontraba Madeleine. Ella se había vestido de otro modo, con unos ceñidísimos pantalones negros, que parecían de goma, y una blusa blanca que apenas podía contener su busto exuberante. Estaba haciendo una cosa que no le había visto hacer nunca: pintaba.

En el caballete tenía una tela con un paisaje dulce, un típico paisaje del valle del Loire. No era malo, después de todo. La chica tenía sensibilidad, tenía gracia. Tenía también otras cosas que ustedes saben, pero eso es cuestión aparte. Me dije a mí mismo que con unos cuantos cursos en una escuela de arte podía haber llegado incluso a ser una gran pintora.

En el paisaje había una casa.

Pero a la casa le faltaba algo.

Yo no sabía el qué.

Miré el cuadro mientras ponía suavemente las manos sobre la espalda de la muchacha.

—No sabía que pintarás —dije.

—Es una afición adquirida en las clínicas mentales.

—Ah, sí... Oí decir que esa clase de trabajos son un método curativo. Pero lo haces muy bien.

—No tiene ningún mérito.

Y ella se apartó un poco, para mirarme con fijeza.

—¿Te han soltado, Marlon?

—Hace apenas una hora.

—Yo... yo hablé con el juez. Le dije que tú no eres culpable.

—¿Te preguntó por qué lo sabías?

—No. Yo creo que... me tomó por una chiflada. La gente no me hace ningún caso aquí. Ni siquiera apuntó mis declaraciones.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Yo no he mencionado tu nombre. No quiero que aparezcas en este endemoniado asunto.

—Pero Marlon... ¡Si estoy metida en él!

—Olvidalo.

—Eso se dice fácilmente, pero hacerlo es otra cosa. Las noches resultan largas y terribles. Yo no puedo más.

—Tienes que distraerte —e intenté volver a un tema que la absorbiera—. ¿Cuáles son tus maestros en pintura?

—No tengo ninguno. Simplemente, para inspirarme, miro de vez en cuando docenas de cuadros que tengo en forma de transparencias en color. Aquí están.

Me mostró una máquina proyectora de diapositivas. Como las paredes eran blancas, no necesitaba ni pantalla. La hizo funcionar y aparecieron proyectados uno tras otro varios cuadros famosos. Otros, en cambio, eran de perfectos desconocidos, pero tenían una gran vida.

Desvié la mirada.

«Tlac, tlac, tlac, tlac...».

Oía simplemente el ruido de las transparencias al pasar ante el foco.

Pero no las veía.

Mi pensamiento estaba lejos, muy lejos.

Demonios, ¿qué pensaba?

Ella lo notó.

Notó que estaba ausente.

Y de pronto, su voz tembló al decir:

—¿Qué te pasa, Marlon?

—Pues... Nada...

—Diríase que estabas muy lejos de aquí. Y que pensabas algo sin sentido.

—Tienes razón. Carecía de sentido.

—Pero ¿qué pensabas?

—Lo peor es que no se trataba de algo concreto. No me hagas caso. Uno a veces tiene momentos tontos, ¿sabes?

Y era verdad. Yo no sabía exactamente qué demonios era lo que acababa de pensar.

Intenté distraerme de mis malditas ideas.

—A esta casa le falta algo —dije, señalando el caballete.

—¿El qué?

—Pues... no sé... Yo diría que una verja. Esta casa ha de tener un jardín y, sin embargo, aparece mezclada con el paisaje. Yo mismo puedo señalarla.

Tomé su pincel y su paleta y me puse a trazar los barrotes de una larga verja.

Soy un mal pintor.

Pero, sin embargo, la verja me estaba resultando bien. Daba un sensación de realidad sorprendente.

Yo no veía a Madeleine, que estaba a mi espalda.

No veía sus labios temblorosos, no notaba su palidez cerúlea.

Hasta que, de pronto, oí aquel grito.

Aquel grito de horror, de miedo incontenible.

Aquel grito de muerte.

Y Madeleine cayó a mis pies, llevándose las manos a la boca, mientras temblaba como una poseída.

Me incliné velozmente sobre ella.

Ya tenía una cierta experiencia en aquello de los desmayos de Madeleine. Creo haber dicho que era la tercera o cuarta vez que le ocurría aquello. De modo que no me puse nervioso. Como estábamos en la lujosa sala, fui al mueble-bar, preparé un combinado de los que yo sabía que resucitan a los muertos y le di a beber unos sorbos tras levantarle la cabeza. La chica tosió y poco a poco empezó a volver en sí. Noté que su mirada estaba extraviada. Evidentemente no recordaba nada de lo que le había ocurrido.

Ya saben ustedes que no soy médico.

Pero aquel detalle (el no recordar ella por qué acababa de desmayarse) me hizo comprender algo de lo que le sucedía. Madeleine, por causas que yo desconocía, se sentía a veces sacudida por un ramalazo de horror, un ramalazo tan fuerte que bastaba para privarla del conocimiento... Pero instantes más tarde, cuando su mente volvía a la normalidad, ella no entendía el porqué de aquel miedo. Le había sucedido así con el rostro de la vieja y le acababa de suceder ahora con una simple verja. Eso indicaba que las causas de su miedo estaban en el subconsciente, y que brotaban como chispazos, sin que ella pudiera controlarlos.

Eso me reforzó en una convicción que ya tenía: entre la salud y

la enfermedad de la muchacha había quizá una sola palabra, una palabra reveladora que lo aclarase todo.

Hasta entonces, los médicos la habían buscado sin descubrirla. O tal vez no la habían buscado de verdad, atentos solamente a las piernas de la chica y a las sustanciosas facturas que debían pasar a los padres de ésta.

En cierto modo, aquello no era una cuestión de ciencia, sino de amor.

Uno no entra en las entrañas espirituales de un ser a quién no ama.

Y yo amaba a Madeleine; ahora me daba cuenta de eso, como de la verdad más importante de mi vida. El amor era mi única arma, un arma más importante que la ciencia.

La ayudé a sentarse, le hice mirar el cuadro y le pregunté:

—¿Qué has visto ahí?

Como esperaba, ella miró el cuadro con una absoluta serenidad. Ya no le daba miedo.

—No lo comprendo. Ha sido ridículo —dijo.

—Todo ha consistido en pintar yo la verja —expliqué—. Hasta entonces estabas realizando el cuadro con una absoluta calma, y de pronto... ¿Qué te ha sugerido esa verja? ¿Recuerdas alguna igual?

Ella negó con la cabeza.

—Tienes que haber visto muchas parecidas —insinué.

—Hay miles de ellas en todas partes —susurró Madeleine, con lo cual no me aclaraba nada.

—Sí, pero esta verja tú la viste en algún sitio. Un sitio tan especial que tu cerebro se ha llenado de horror. Vamos a hacer una prueba.

Ya he explicado antes que Madeleine tenía un verdadero archivo de pinturas y fotografías en forma de diapositivas, las cuales le servían para inspirarse en sus cuadros. Yo las había pasado todas antes por la máquina proyectora, pero ahora lo volví a hacer. Quería estar seguro de que en ninguna de ellas había una verja como la que le había causado tanto pavor.

Y en efecto, no había ninguna.

Terminé de pasar las diapositivas.

Pero ¿qué era lo que me ocurría?

¿Por qué aquel maldito pensamiento otra vez?

¿Por qué aquella sensación de infierno?

¿Por qué pensar que ya tenía los pies metidos en el pantano y me estaba hundiendo en él?

Total, allí no había pasado nada.

Simplemente era mi cerebro. Mi cerebro que quizá se había contagiado de la enfermedad de Madeleine. Mis pobres células nerviosas que se estaban convirtiendo en las de un psicópata.

Al fin aparté la proyectora.

Ella susurró:

—Todas esas diapositivas, así como la máquina, eran de mi hermana Annette.

—¿De tu hermana?

—Sí. La policía me dijo, después de su muerte, que si quería alguna cosa de ella podía llevármela. Ya sabes que mi hermana tenía un piso independiente en Limoges. Yo sólo pedí las diapositivas y la proyectora porque algunas veces ella me las había prestado para ayudarme a pintar. Como ves, las diapositivas están numeradas. No he perdido ninguna. Las cuidaré mientras viva.

Reflexioné unos instantes.

Pero en el fondo todo aquello carecía de importancia para mí.

Lo que interesaba era saber lo que había en el fondo del alma de Madeleine. ¿Qué significaba para ella el rostro de una vieja? ¿Qué significaba para ella una simple verja?

—Trataré de ayudarte —susurré.

—¿Ayudarme en qué?

—Deja que piense por ti, Madeleine. Tu límitate a seguirme. Imaginemos que esta verja la viste cuando tenías diez años. Bueno, no la misma, pero sí una muy parecida. Imaginemos que va unida a una sensación de horror.

Ella afirmó.

Ni accedía ni negaba. Se limitaba a seguir mis pensamientos.

Yo continué:

—Tú me has dicho que para quitar tu miedo visitabas los cementerios de noche. Me has dicho que ibas al de Montmartre.

—Sí.

—El cementerio de Montmartre debe tener en algún sitio una verja como ésta. No lo recuerdo. Pero es natural que sea así. Sigamos. Tú visitabas, aquello con frecuencia.

Ella afirme con una lenta cabezada.

—Tus padres no lo sabían.

—No.

—Ibas sola y en secreto.

—Sí.

—En una chica de tu edad es lo más admirable que he oído en mi vida. Pero aquí entra la segunda parte. Tú llegaste a no tener miedo a la verja del cementerio.

—No, no lo tenía.

—Pero una noche te ocurrió algo.

Ella se sobresaltó un momento. Noté otra vez en sus ojos el chispazo de horror, lo cual indicaba que el subconsciente salía a la superficie. Pero enseguida su inteligencia se impuso. Sus ojos se clarificaron y se me quedó mirando con la mayor naturalidad del mundo.

Eso me desanimó un poco porque me di cuenta de que la chica era difícil, pero decidí seguir.

—Tú no tenías miedo —dije—, pero una noche ocurrió algo. En el cementerio de Montmartre encontraste a una vieja.

Ella ni siquiera parpadeó.

O no recordaba nada o era la loca más astuta que yo había conocido.

—No sé nada de ninguna vieja —dijo.

—Sin embargo, la encontraste —insistí—. No sé en qué circunstancias, pero debieron ser horribles, porque de ahí arranca el *shock* que ha marcado tu vida entera. A partir de ese momento no has recordado lo que te sucedió, excepto en algunos aislados momentos en que la verdad desnuda vuelve a ti. Pero yo sé que hay dos elementos: el cementerio de Montmartre y una vieja. ¿Es imposible que puedas recordar nada de aquello, Madeleine? Yo estoy seguro de que con una sola palabra estarías salvada. ¿No puedes hacer un esfuerzo? ¿No recuerdas lo que sucedió?

Noté enseguida que me estaba equivocando.

En fin, ya lo saben ustedes: no soy médico.

En aquel momento comprendí por qué las sesiones de los psiquiatras duran horas y horas. Todo tiene su explicación. Ellos evitan ir al grano directamente para no quebrar la conciencia del enfermo. Yo, en cambio, había obrado como un periodista. Había

tratado de ir hacia la verdad en línea recta. Sin rodeos y atacando a la bayoneta. El resultado fue desastroso.

El difícil equilibrio espiritual de Madeleine acababa de romperse.

Ella estaba torturando. Mil imágenes debieron mezclarse en su interior, pero ninguna de ellas fue clara. Se llevó ambas manos a la cabeza y empezó a llorar. No chilló porque le daba vergüenza, pero nunca he visto un llanto más desgarrado ni más convulso que aquél. Y nunca una mujer llorando me ha dado tanta pena.

Fue entonces cuando me di cuenta de que yo era un idiota, pero, además, Madeleine estaba verdaderamente enferma. Nunca se curaría. El dulce fantasma que yo había tejido entre los dos, el fantasma de nuestro amor, se deshizo en las manos, como un poco de humo de tabaco. No, aquella chica nunca se curaría. Yo estaba de más en su vida.

Y lo que más me dolió de todo fue saber que aquel pobre cuerpo y aquella pobre alma pertenecerían ya para siempre a los oscuros dominios de hombres como el doctor Rochelle. O quizá de tipos peores que él. Los de las facturas altas. Los que la obligaban a desnudarse para que dijera la verdad. Los de las duchas con agua helada.

Me puse en pie.

Tenía un terrible y al mismo tiempo dulce pensamiento.

No sé si ustedes habrán adivinado que toda mi vida he sido algo así como un sucio aventurero. El raptar a Madeleine y llevármela a Estados Unidos me pareció de pronto una idea consoladora y dulce. La amaba con el suficiente desinterés para arriesgarme a cualquier cosa por ella. Pero ese mismo amor me dijo que la idea era absurda: A mi lado no se curaría nunca.

Y no era eso lo peor.

Ahora yo tenía una convicción espantosa.

Ella sentía atracción por la muerte. Los cementerios eran su ambiente familiar. Era ella la que había robado el cadáver de su hermana Annette.

Más valía afrontar la verdad de una vez.

Era terrible, pero necesario.

Le sequé las lágrimas con mi pañuelo y le hice beber el resto del combinado que había preparado antes.

Y luego susurré:

—Vamos, Madeleine, sé buena chica.

—¿Buena chica en qué?

—Tú paseas mucho por el bosque.

—Sí.

—No lo haces por casualidad.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres una buena chica.

—Ya no sé ni lo que soy —concretó.

—Pero querías mucho a tu hermana Annette.

Sus ojos se humedecieron otra vez.

—Era la persona a la que más quería en el mundo.

—Por eso la tienes para ti sola, ¿verdad?

Ella no me contestó.

Desvió la mirada.

Pero esta vez tuve la sensación de que me había comprendido.

El terrible pensamiento me roía las entrañas, pero estaba en el camino de la verdad y tenía que llegar hasta ella. En la vida es inútil obcecarse en dulces mentiras. La vida es dura y tiene olor a estiércol. Aunque me doliera el alma, yo tenía que seguir.

Y susurré:

—No es ningún delito lo que tú has hecho, Madeleine. Recordar a los seres queridos es precisamente de personas bien nacidas. Nadie te reprochará por haber querido tanto a tu hermana Annette.

Ella tampoco me contestó.

Pero su mirada estaba perdida.

—¿La ves todas las mañanas, verdad?

No esperaba que me contestara con tanta franqueza.

—Sí —dijo.

—Y te consuela saber que la tienes para ti sola.

—Sí.

—¿Dónde está?

Yo la trataba como a una niña. Mi voz era dulce y suave. Trataba de darle la sensación de que era algo así como su cómplice.

Tampoco me contestó.

—¿La ves todas las mañanas, sí o no? —insistí.

—Bueno, exactamente no la veo. La vi el primer día nada más.

—¿En el bosque?

—Sí.

—¿Y ahora por qué no la ves?

—Está enterrada.

—¿La enterraste tú misma?

—Sí.

Sus frases eran secas, tajantes. Yo sabía que me estaba diciendo la verdad. El secreto que a nadie había confiado, me lo estaba confiando a mí como si yo sólo pudiera salvarla.

La tomé por una mano.

—Madeleine —dije—, son las cinco de la tarde.

—Exacto.

—Aún hay mucha luz. Si tú eres buena chica puedes llevarme al lugar donde sepultaste a Annette. Te juro que no tendrás que hacer nada. Yo también quiero cuidar de ella, ¿sabes? Mejoraré la tumba que tú has preparado para su cuerpo. Rezaremos los dos. Verás cómo te sientes más consolada si vas allí en compañía da alguien.

Ella accedió.

Se puso en pie.

Era como una niña.

Salimos de la casa sin encontrar para nada a los viejos sirvientes. Siempre recordaré aquella tarde gloriosa y maldita a la vez. Aquella tarde en que Madeleine me abrió su alma y se confió a mí plenamente. Pero también la tarde en que su locura apareció ante mis ojos como una mancha negra... Aquella tarde, Madeleine fue mía, tan limpia y mía como nunca lo había sido de nadie, pero en el mismo instante de tenerla supe que la perdía para siempre.

Mi deber estaba claro.

Nunca me separaría de su lado, pero era una loca. Y una loca necesita estar recluida, como lo había estado hasta entonces.

Miré el bosque como si lo viera por primera vez. Mi mirada tenía la inocencia de la de los primeros hombres del mundo. Jamás los árboles me habían parecido tan tristes y tan bellos. Nunca la luz filtrándose entre ellos me volvería a parecer tan irreal y tan hermosa.

Caminamos largo rato.

Las hojas muertas del bosque ahogaban nuestros nasos. Yo me di cuenta de que me llevaba al sitio más recóndito del bosque, un sitio que sólo debía conocer ella. Al fin y al cabo, era natural. Cuando

robó el cadáver de su hermana no era precisamente para dejarlo a las escaleras de la casa.

Los senderos eran casi intransitables, pero había uno que demostraba haber sido frecuentado. No cabía duda de que Madeleine lo usaba todos los días para llegar hasta la tumba de Annette. Y que fue allí donde la transportó la primera noche.

Por fin llegamos a una pequeña pared.

En otro tiempo muy lejano aquello debió de ser la casa de un guarda, pero ahora no quedaba más que un pequeño muro de piedra.

En él estaba apoyada una pala.

Y muy cerca, la tierra se hallaba removida.

Con la ingenuidad de los enfermos, Madeleine ni siquiera se había preocupado de disimular su acción. ¿Por qué iba a hacerlo, si no le parecía un delito? Otra persona hubiera puesto hojarasca sobre la fosa, pero ella mantenía la tierra tan virgen como el día en que la removió. No había ni ocultado la pala. Y las medidas de la fosa eran perfectas: Dos metros de longitud por unos sesenta centímetros de ancho.

Yo ya estaba convencido de la verdad.

Pero me quedaba lo más amargo, lo más doloroso. Todas las verdades tienen que ser comprobadas. Había que desenterrar el cadáver de Annette.

Y tenía que hacerlo sin que ella se opusiera.

Recogí unas flores del bosque y susurré:

—Seguro que cuando le echaste la tierra encima no le pusiste unas flores entre las manos.

Ella negó.

—No se me ocurrió —dijo.

—Pues yo voy a hacerlo —expliqué—. Annette merecía esto. Tú estate quieta. Yo me encargaré de todo.

Tomé la pala y empecé a trabajar.

La tierra estaba blanda. No era difícil.

Ya he dicho que estuve en Vietnam. He visto cuerpos que llevaban insepultos días enteros. Ya nada me impresiona. Pero cuando la pala tocó una cosa blanda que era el cuerpo de Annette, sentí que un estremecimiento recorría hasta el fondo de mis huesos.

Ella ya llevaba varios días muerta.

Les juro que no era agradable. Les juro otra vez, como he hecho al principio de la historia, que esas cosas no deberían suceder, las chicas como Annette no deberían morirse nunca. Nunca deberían pasar de los veinte años.

Sólo le descubrí un poco la cara.

La verdad es que me fallaron fuerzas para continuar.

Pero la reconocí. La descomposición apenas había alterado sus rasgos todavía. Era Annette, no cabía duda. Era la muerta. Era la dulce chica a la que Pierre aún esperaba ver aparecer por el Café du Commerce.

A todo esto, Madeleine no se había movido.

Lo único que hizo fue inclinarse delicadamente y arrojar las flores sobre la cara de Annette.

Yo solté la pala.

Ya tenía bastante.

Me acerqué a ella y la tomé por los hombros.

—Has hecho bien, muy bien, Madeleine. Tu hermana está mejor aquí que en aquel solemne panteón del cementerio. Pero ahora vamos a explicar todo esto, ¿sabes? Hace falta encargar una lápida y cuidar de la tumba. Todo esto requiere algunos trámites. Si tú me acompañas los resolveremos entre los dos.

La verdad era que yo me creía muy listo al hablar de aquella manera.

Pensaba que Madeleine me seguiría como hasta entonces, igual que una niña.

Pero no contaba con que desde los diez años había sido una chica engañada, acorralada, llevada con mentiras a las más infectas salas de los más infectos manicomios; conducida con engaños a habitaciones con barrotes, transportada con palabras dulces a sórdidos pasillos, al final de los cuales sólo aguardaba una ducha fría.

No es extraño que el instinto de defensa renaciera en ella.

No es extraño que se diera cuenta de que todo aquello era otra vez el principio del fin. Yo la llevaría ante las autoridades y allí la acusarían de haber robado un cadáver. La eterna historia —que había atormentado su vida— volvería a empezar.

Por eso se revolvió como una fierecilla.

Confieso que me sorprendió.

Su vigor y su desesperación fueron tales que segundos más tarde ya me había empujado y se encontraba a diez metros de distancia de mí. Se quitó los zapatos y se subió la falda para correr más rápidamente. Era una gacela, era un animalillo desesperado y de una agilidad increíble. Apenas unos instantes más tarde ya casi la había perdido de vista.

Corrí tras ella.

Podía hacer una locura. No debía dejar que se me escapara ahora.

—¡Madeleine! —grité—. ¡Detente, Madeleine! ¡No quiero hacerte ningún daño! Si quieres, olvidaremos esto. Pero detente, Madeleine...

Y entonces ella se detuvo.

Pero no fue por mis palabras.

No, mis palabras no la convencieron.

Fue otra cosa mucho más contundente.

Fue el cañón de aquel revólver que surgió de pronto de detrás de uno de los árboles y se apoyó en su cabeza.

CAPÍTULO XIV

Yo me detuve, petrificado.

La verdad era que no esperaba aquello, ni me acordaba apenas de aquel personaje. Por eso cuando vi a Pierre encañonando a Madeleine, tuve la más violenta sensación de absurdo que había tenido jamás. Pero la cosa era bien real. Era Pierre quien la estaba apuntando.

El joven me sonrió con amargura.

—Siento haber tenido que llegar a esto —dijo.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Le extraña? Desde que desapareció el cadáver de Annette, no he hecho más que buscarlo por todas partes. Al final me convencí de que era Madeleine la que lo tenía que haber robado y últimamente no he dejado de vigilarla ni un momento. Al ver que salían juntos de la casa les he seguido, convencido de que esta vez iba a ocurrir algo importante. Y ya lo han visto. Desgraciadamente, lo que temíamos es verdad.

Hundí la cabeza sobre los hombros.

Pierre estaba cargado de razón.

Otra vez se imponía la lógica, la antipática y espantosa lógica.

—Sólo quiero ayudarle —dijo Pierre—. Todo eso me da tanta pena como a usted, pero no se puede dejar a Madeleine así. Es una enferma, una enferma irremediable, y su incapacidad deberá ser declarada por un tribunal para su vida entera. Le acompañaré adonde sea, Marlon. Supongo que iba a dar cuenta a las autoridades.

—Sí —confesé—. Pero no hace falta que amenace a Madeleine como si fuera una criminal. Más bien es un pajarito asustado. Ya puede guardar ese revólver.

Pierre accedió.

—Tiene razón —dijo—. Este armatoste es innecesario.

Lo hizo girar en su derecha y lo guardó en uno de los bolsillos.
Aquello fue todo.
Fuimos a echar a andar.
Así de sencillo era el caso. Así terminaba.

¿Terminaba?

¿Por qué volvió otra vez a mí aquel maldito pensamiento? ¿Por qué pensé que el crimen perfecto se estaba realizando ante mis ojos? ¿Por qué me asaltó la terrible idea que había tenido al ver las diapositivas?

No lo sé, pero ahora contaba con una base concreta.

Una base tan sólida que no me importó jugarme la vida al decir:

—Detente, Pierre.

Él se volvió, mirándome como una sorprendida sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Sólo una cosa: Yo estuve en Vietnam.

—Bueno, ¿y qué?

—Allí aprendí a distinguir toda clase de armas. Yo no había visto nunca tu revólver, pero es un «Colt» 45. Hace poco, la noche en que mataron a Bernanos, trataron de apiolarme con dos balas de esa clase. El que disparó no podía ni remotamente suponer que yo conociera el calibre sólo por el ruido que hacían. Por eso has mostrado el revólver. De lo contrario, lo hubieras hecho desaparecer.

Pierre me miró como se mira a un loco.

Sus ojos chispearon.

—¿No está bien de bromas, Marlon? ¿Qué cuerno quieres decir?

—Tú mataste a Annette.

La declaración fue seca, tajante. Noté que todo su cuerpo se tensaba. Hizo lo normal: negar con la cabeza, pero al mismo tiempo, volver a apuntarme con el revólver.

Sabía que yo no llevaba armas.

Con voz velada susurró:

—¿Sigues con tus locuras, Marlon? Lo de Annette fue un accidente. Está comprobado hasta la saciedad. Además, yo me hallaba en el extranjero cuando ella murió.

—No, Pierre —dije, negando con la cabeza—. Tu crimen fue ingenioso, y seguramente no lo hubiera descubierto, caso de no ver hace poco lo mismo que Annette vio en el instante de morir.

El parpadeó.

—¿Y qué es lo que vio, si puede saberse? ¿Hasta qué punto tendré que seguir oyendo locuras?

—Ella vio una carretera recta.

—¿Qué dices?

—Entre las diapositivas de Annette, había una que reproducía un trozo de carretera recta —dijo —con aplomo—. Tú tuviste acceso a ella, puesto que gozabas de la confianza de la muchacha. Lo que hiciste fue muy sencillo: Una noche de espesa niebla la telefoneaste desde una población vecina, dándole una cita. Previamente, y valiéndote de que el tipo que vigilaba el garaje era un lirón, habías cambiado la batería y las bombillas del «Mercedes» de Annette, de modo que los faros apenas despidieran luz. Ella fue ilusionada a la población donde la habías citado, para encontrarse con un mensaje tuyo en el que, con cualquier excusa, la volvías a citar en Limoges. Consecuencia: Ella regresó a ciento veinte por hora. Tú la aguardabas con la máquina proyectora, que funciona a pilas, en la curva del cementerio. Unos segundos antes de la curva proyectaste sobre la pantalla de la niebla el trozo de la carretera recta. La niebla obró como una pantalla. No olvidemos que Annette iba a ciento veinte por hora, y que en esas condiciones sólo se obra por reflejos. La muchacha creyó seguir por una recta —aunque sólo fue un parpadeo— cuando ya entraba en la curva. Inútilmente trató de frenar en el último metro. Ya era demasiado tarde. El accidente tenía que ser mortal y lo fue.

Callé unos instantes.

Estaba seguro de que decía la verdad:

No sólo me apoyaba en mis pensamientos, sino en cosas que había visto, en bases perfectamente sólidas.

Con voz ronca continué:

—Era un crimen perfecto, porque además tú apareciste unos días más tarde. Y la cosa hubiera resultado perfecta de no ser porque yo empecé a meter las narices en el asunto. Claro que no podía probar nada y, por tanto, no era peligroso para ti, pero Bernanos dijo haber visto un parpadeo detrás del coche cuando se mató Annette. Eso cambiaba las cosas y podía ser fatal para ti. No habían destruido la diapositiva, porque estaban numeradas, y querías que la policía no notara nada a faltar. Lo devolviste todo a su sitio y pensaste que

ningún agente se molestaría siquiera en mirar aquellas placas, como así fue. Pero la lucecita de la que hablaba Bernanos podía estropearlo todo. Por eso trataste de matarme a mí y luego lo mataste a él. Perdiste los nervios de verdad, amigo mío, pero esta vez tuviste suerte. A nadie se le ocurrió ni remotamente sospechar de ti.

Pierre había palidecido.

Sus dientes rechinaban.

Pero seguía apuntándome con el «Colt» 45, o sea, que en el fondo mis palabras eran música celestial para él. Le bastaba con mover un dedo cuando se cansara de oírlas.

Yo lo sabía, y sabía también que iba a morir. Pero seguí con voz tensa:

—Poco más tarde robaste tú mismo el cadáver de Annette y lo trajiste aquí. Abriste la fosa, pero dejando el cuerpo al descubierto, es decir, sin echar tierra encima. Sabías que Madeleine estaba considerada como una pobre loca y que ahora vivía aquí. Dabas por descontado que descubriría el cuerpo, como en efecto así sucedió. ¿Qué hizo la pobre Madeleine que adoraba a su hermana? Lo que haría una muchacha que estuviera llena de miedo y al mismo tiempo llena de amor. Cubrió el cuerpo, dejó las huellas en la pala y vino cada día a rezar ante la fosa. Consecuencia: certificado completo y perpetuo de locura. Incapaz completa para heredar. ¡Y pensar que yo mismo he estado a punto de entregarla a la policía!

Pierre rió nerviosamente.

—Pero ¿por qué iba yo a hacer eso? —preguntó—. Vamos a ver, ¿qué gano?

—Ganas la fortuna de Annette multiplicada por dos, maldito hijo de perra. Era el único punto que me quedaba por aclarar, pero ahora lo veo perfecto: Annette y tú ya estabais casados en secreto cuando la mataste. Sólo necesitabas eliminar a la otra hermana, y tenías un medio muy sencillo para lograrlo. El único heredero de toda la fortuna ibas a ser tú cuando en el momento oportuno, y una vez archivadas todas las pesquisas policiales, el documento de la boda apareciese.

Si yo esperaba alguna reacción trágica en Pierre al verse descubierto, confieso que me equivoqué rotundamente.

Era el criminal frío, perfecto, el que lo calculaba todo. Ni por un

momento le inquietaron mis palabras. Sabía que podía matarme cuando quisiera y que la única testigo sería una loca a la que nadie creería. Incluso con un poco de suerte le podría cargar el crimen a ella. De modo que se limitó a lanzar una carcajada y alzar el revólver para apuntar a mi cabeza.

—Lo siento, Marlon —musitó—. Quizá en el fondo habías llegado a serme simpático. Pero tu cerebro trabaja demasiado aprisa y le conviene descansar. No sé si te has dado cuenta de que tú mismo te has condenado a muerte. Adiós, muchacho.

¿Qué tenía que llamarme en aquel momento terrible?

Me llamé idiota, campeón de los burros, cretino, animal de bellotas.

Todo aquello pude haberlo dicho ante la policía, al entregar a Madeleine. Pero había sido tan imbécil como para soltarlo ante un revólver, en un bosque solitario, sin defensa alguna. Me estaba bien empleado. A un imbécil de mi calibre le convenía morir así.

No soy ningún héroe, pero confieso que no sentí miedo.

Sólo pena, una pena muy honda por lo que sería de Madeleine.

Pierre cerró el dedo sobre el gatillo.

Sonó un disparo.

Yo creí que iba a sentir dolor, pero no sentí nada. Sólo noté que los ojos se le desencajaban y que me parecía vivir un sueño. ¡La cabeza de Pierre se había abierto en dos delante de mí! ¡Era imposible!

Su cuerpo se derrumbó.

Y entonces, como en un sueño, vi otra vez a la mujer.

Era la misma que varias veces me tropecé en Limoges. La de la ventana. La del «Renault» 16, conducido por un chófer.

Se parecía, desde luego, a la adivina del circo. Y era la misma que vi reproducida en un cuadro, en la buhardilla de la casa de Madeleine.

Debía tener unos setenta años.

En su derecha llameaba una pistola de las de la vieja época, uno de esos petardos que disparan un kilo de plomo, propios de una época en que las cosas se hacían a lo grande.

No era extraño que con una sola bala se hubiera partido en dos la cabeza de Pierre.

La anciana me miraba fijamente, con dulzura. Y a mí me pareció

que su voz llegaba de muy lejos, cuando explicó:

—Yo soy la abuela de Madeleine. Hace diez años sufrí un ataque de catalepsia y me dieron por muerta, sepultándome en el cementerio de Montmartre. Milagrosamente, Madeleine, que iba todas las noches al cementerio, me salvó de algo más terrible que la misma muerte. Yo huí porque estaba como enloquecida. Pero el choque que sufrió la pobre Madeleine ha atormentado sus últimos diez años. Considerándome responsable de lo sucedido, he vivido este tiempo como un fantasma, sin mostrarme a nadie, bajo nombre falso, atormentada por mis pensamientos. Pensaba que si Madeleine volvía a verme, aún sería peor para ella. Y no le extrañen mis lujos, joven, porque las multimillonarias como yo siempre tienen monedas de oro y joyas para vender hasta después de salir de la tumba. Pero ahora al menos he servido para algo: He vengado a Annette y he salvado a Madeleine. Lléveme a la policía, joven.

Todavía petrificado por aquellas palabras, balbucí:

—¿Va a entregarse? Quizá no aprecien legítima defensa. Pudo haber amenazado a Pierre en lugar de matarle sin avisar.

Ella sonrió con dignidad y al mismo tiempo con desprecio, como debieron sonreír a la plebe las grandes damas de otro tiempo, al ser llevadas a la guillotina.

—Tengo setenta años, joven. ¿Cree que me importa ya lo que me pueda suceder?

Y echó a andar delante de nosotros.

Yo tomé por los brazos a Madeleine, apretándola contra mi pecho.

Y me di cuenta de que algo había cambiado en los ojos de la mujer.

Ahora ya sabía todo lo que había pasado.

Ahora conocía todo el secreto de su terror, el secreto de su vida.

Y sabía que en el fondo de todo ello solo hubo una buena acción.

Me di cuenta de que estaba curada.

Me di cuenta de que la quería.

Me di cuenta de que ella me quería a mí.

En pocos minutos llegué a darme cuenta de tantas cosas...

Miles de cosas.

Pero no de que tropezaba con la raíz de un árbol. Madeleine y

yo caímos estrepitosamente al suelo.

Y no sé qué hubiera sucedido allí, entre los dos, caso de no estar la vieja.

Porque, la verdad, ciertas cosas no está bien que uno las haga delante de su futura abuela.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

